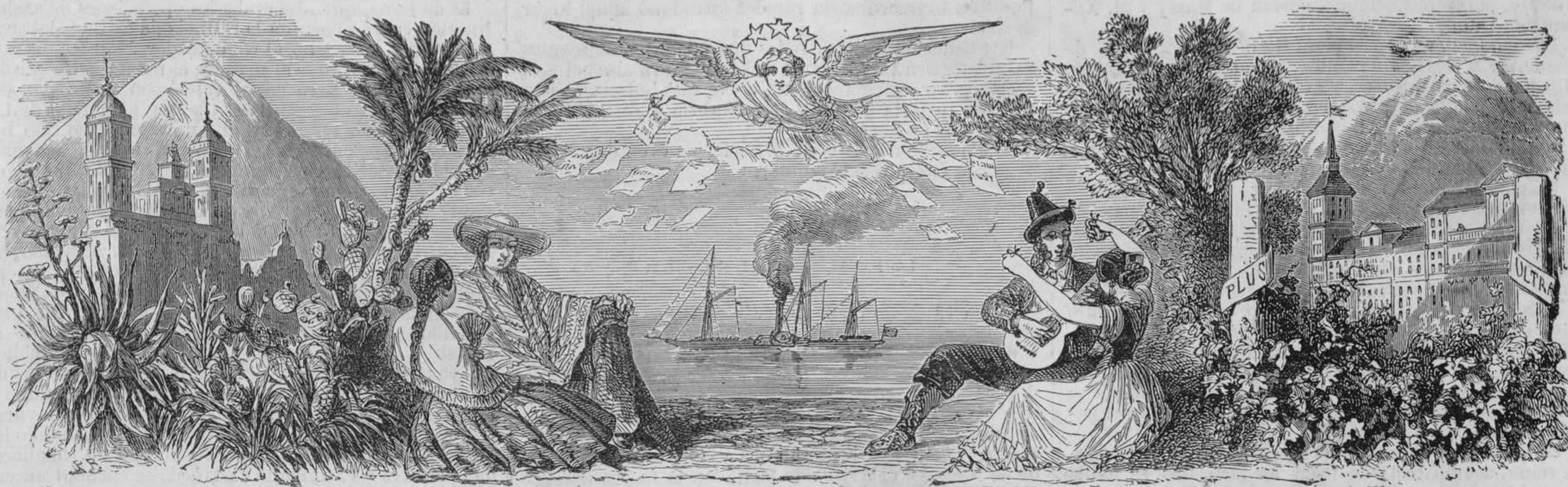


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — Tomo X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 16. — N° 259.

SUMARIO.

Fallecimiento de la señora duquesa de Nemours; grabado.—Zelina y Aben-Hamet en la batalla de la Higuera.—Revista de Paris.—Costumbres americanas; grabados.—La llave de oro.—La India. Lucknow; grabados.—Castigo de Dios.—Dolora.—Consumo de algodón.—La Inglaterra, la China y la India; grabados.—Las ferias.—Revista de la moda.—Los templos mas hermosos del mundo; grabados.

FALLECIMIENTO

de la

SEÑORA DUQUESA

de Nemours.

El 10 de noviembre ha fallecido en Inglaterra la señora duquesa de Nemours de resultas de un parto. Era hija de Fernando, duque de Sajonia-Coburgo-Gotta; habia nacido el 14 de febrero de 1822, y el 27 de abril de 1840 se habia casado con el duque de Nemours.

De una carta fechada en Claremont el 14 de noviembre y dirigida al *Journal des Debats*, tomamos los pormenores siguientes sobre la ceremonia de los funerales de la duquesa:

Hoy al medio dia los restos mortales de la duquesa de



Retrato de la señora duquesa de Nemours.

Nemours han sido trasladados desde Claremont á Weybrige y depositados en el panteon en que descansan los del rey Luis Felipe siete años há.

Los embajadores de familia habian sido invitados á la triste ceremonia, y ninguno de ellos dejó de asistir. Habia pues los ministros de Austria, Bélgica, España, Portugal, Brasil, Prusia y Cerdeña.

A las once de la mañana entró la comitiva en la capilla de Claremont tomando el asiento respectivo al redor del féretro; á un lado la reina, la duquesa de Orleans, la princesa de Salerno, la duquesa de Aumale, y la jóven princesa Margarita, hija de la augusta difunta; y al otro, el duque de Nemours y los principes sus hijos, el conde de Paris y el duque de Chartres, el duque de Aumale y el jóven principe de Condé.

Seguian despues sin ningun orden especial, los ministros extranjeros, los oficiales y las damas de la reina y de SS. AA. RR., y todos los que habian podido llegar á tiempo entre tantos amigos que lo han sido en tiempos prósperos y en dias de infortunio: el conde Rodolfo Appeny, ministro de Austria, el señor Gonzalez Bravo, ministro de España, que fué uno de los primeros que se presentaron al tener noticia de la catástrofe; los generales Trezel, d'Houdetot, Dumas y de Cha-



El descanso del domingo : en Rocking Chair.

saran á sus hijos los domingos.» Aunque este celo religioso que llegaba hasta el punto de quemar brujas se haya calmado hace tiempo, la sangre no miente, y los hijos de aquellos padres siguen observando el día del Señor con un rigor que para nosotros es un motivo eterno de sorpresa. Quizá así se divierten. El americano no es alegre por naturaleza; todos los viajeros están de acuerdo sobre este punto, aun los ingleses que no pasan en el continente por hombres amigos del alborozo. Oigamos á Carlos Dickens como habla de los compañeros de camino que encontró en el vapor de Pittsburg á Cincinnati, y advirtiéndolo que no era domingo.

«Nadie dice en la mesa una palabra á otro. Todos los pasajeros tienen una fisonomía lúgubre como si pesaran sobre su espíritu secretos terribles. Ninguna conversación, ninguna risa, nada de sociabilidad; apenas se les oye escupir silenciosamente al rededor de la estufa cuando se ha acabado la comi-



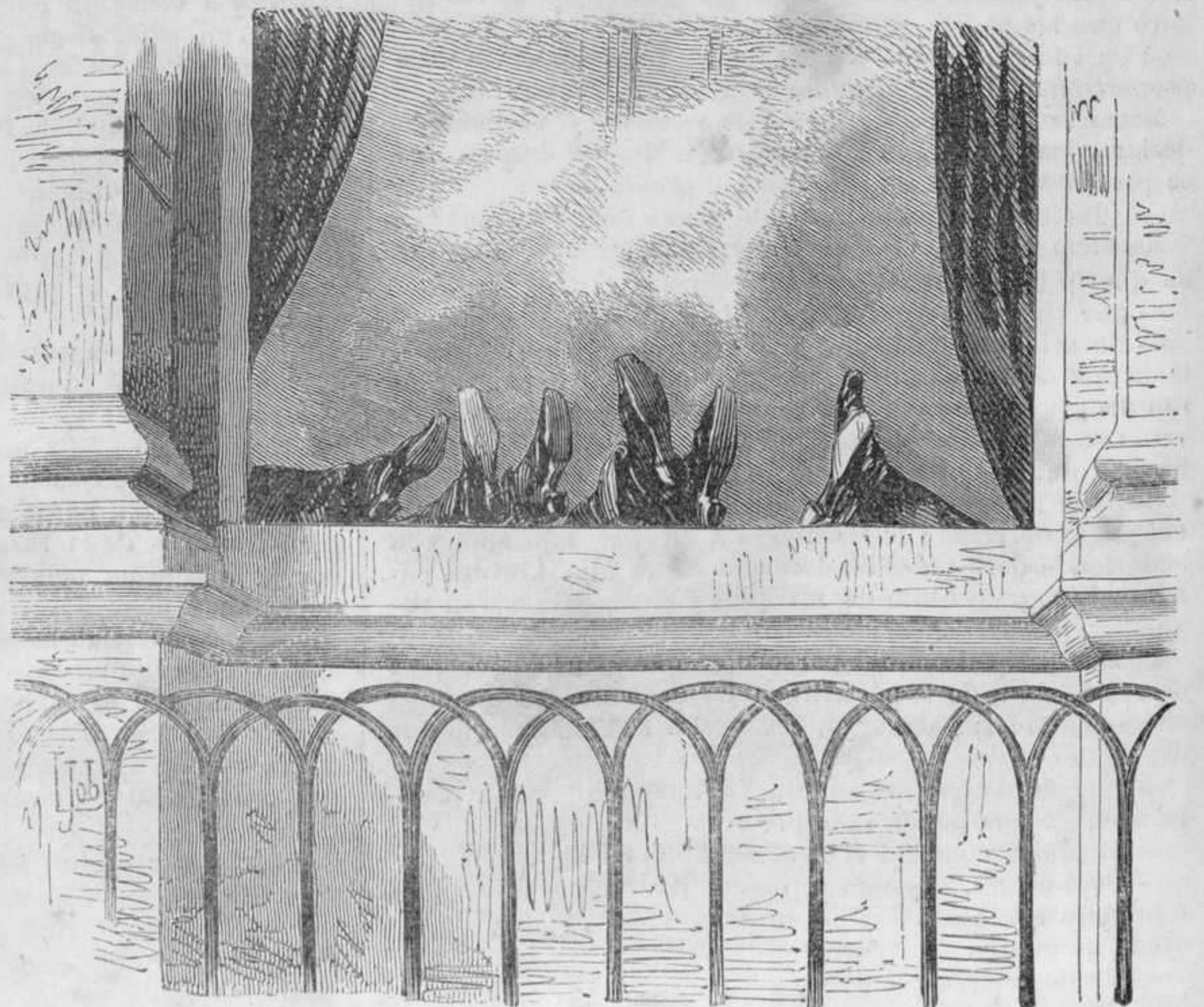
Yendo á la iglesia.

da. Si no se les viera llenar este deber natural, se diría que todos aquellos pasajeros son como unas sombras muy tristes de tenedores de libros caídos muertos sobre sus escritorios, tan extenuados parece que los tienen los negocios y los cálculos. Sepultureros en ejercicio parecerían alegres en comparación de ellos.»

Si dejando aparte la exageración del novelista, se encuentra exacta en el fondo esta descripción que confirman todos los viajeros á su manera, ¿cómo hemos de esperar que ese pueblo se ponga contento periódicamente un día por semana? Esto sería muy contrario á sus costumbres. El fastidio es su elemento y en él vive. En suma, ¿qué necesita? Descanso, después de la actividad de la semana, y como desconoce la moderación en las cosas, después de una grande actividad quiere un descanso extraordinario. Un exceso de fatiga quita á veces el sueño; un exceso de trabajo quita quizá la facultad de poder distraerse.



En la peluquería.



En el balcón.

Pero ¿quién sabe si no es un cálculo en interés de los negocios? ¡Qué felicidad la de volver á ellos despues de pasar un dia mortal en una holganza obligatoria!

Sin embargo, nosotros que no queremos exagerar nada, debemos decir que el domingo tiene tambien sus pequenos placeres. Ese dia las señoras se ponen todas sus galas, y tal es su lujo y brillantez, que segun mistress Trollope un extranjero podria tomar por cafés ó por teatros las iglesias y las capillas. Y esos atavios no se lucen solamente por amor de Dios y ni tampoco para eclipsarse entre mujeres; no van muchos hombres á las iglesias, pero siempre los hay, y además queda el recurso de apasionarse por el predicador y luego por el sermón, consecuencia legítima.

Tambien se interesa en esto algun tanto la relajacion de las costumbres. Se transige un poco con lo prescrito. — Pero es ocasion de dejar la palabra á M. Oscar Comettant.

«Naturalmente se halla prohibida la música á menos que no sea religiosa. Sin embargo, los americanos no carecen de maña para esquivar las dificultades; para los domingos tienen polkas sagradas, mazurkas y walses bíblicos, contradanzas ortodoxas que ejecutan en el piano á la sordina. Mas aun: he visto americanos y americanas que sin escrúpulo acompañaban las tocatas sagradas de pasos y movimientos de cuerpo que tenian todas las apariencias de las danzas mundanas que acabamos de nombrar... Pero no se debe buscar en Nueva

York la rigidez de las costumbres puritanas. Boston y Baltimore las han conservado mas intactas. Hé aquí un ejemplo: » Habia yo observado en Boston que en las casas conocidas por su puritanismo, cuando habia un piano, los piés del instrumento se hallaban cubiertos con una funda que los ocultaba hasta la caja. No ví lo mismo en las casas que pasaban por menos severas, y como la cosa picaba mi curiosidad, me decidí un dia á pedir la expli-

das están cerradas, menos los estanquillos y las tiendas de licores; la excepcion no nos parece desagradable.

El ferro-carril de Brooklin á Green-Wood está cerrado tambien, pero se puede ir en barcos á Brooklin y á las casas de recreo de Hoboken y de Staten-Island, y Dio; sabe si el permiso se aprovecha. Los periódicos comprometerian su salvacion, si se publicaran el domingos pero los americanos han leído en *Tristram Shandy* la historia de la célebre abadesa, y como ella cortan el pe-

cacion á un constructo de pianos:

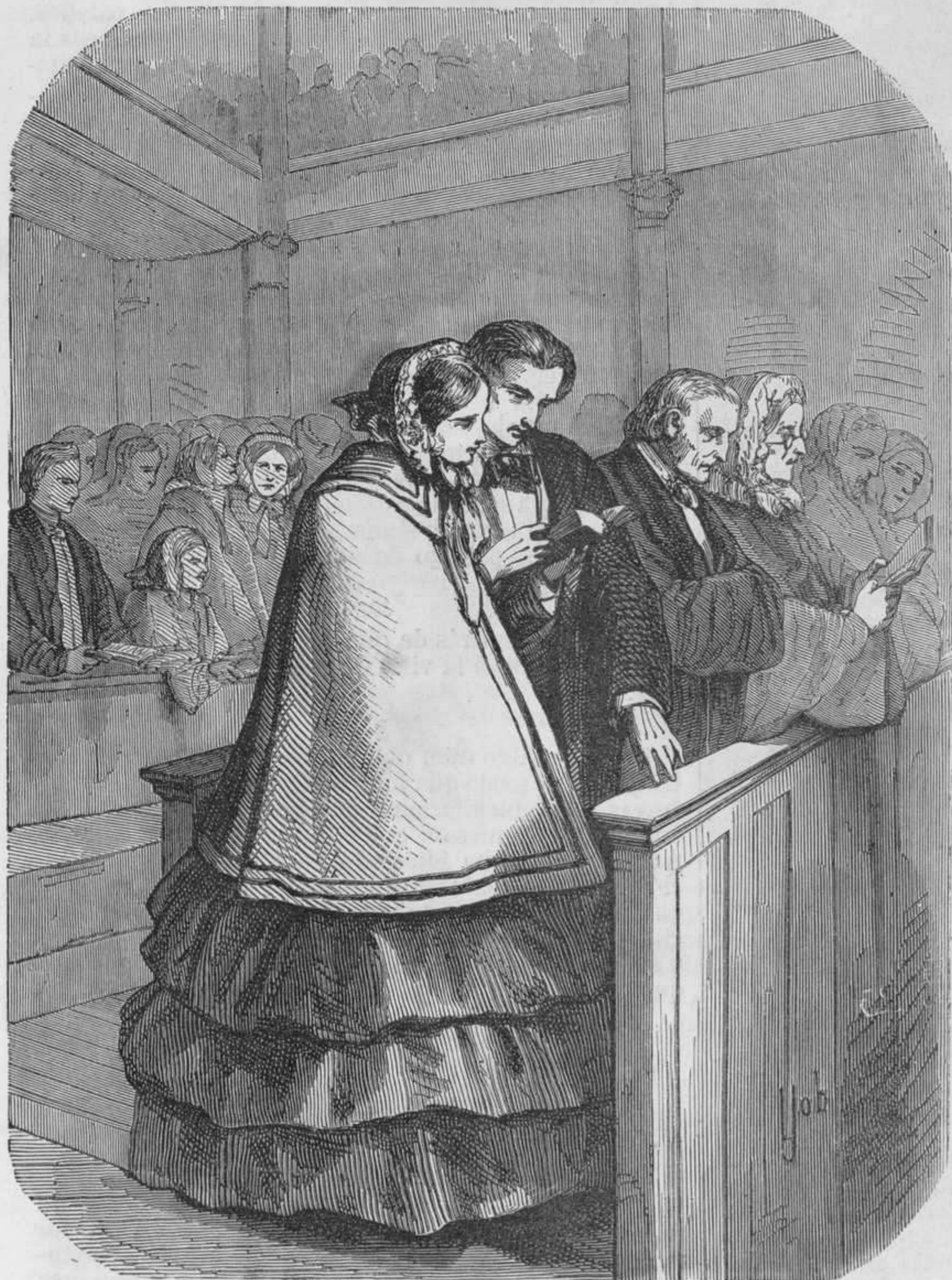
» — Consiste, me dijo seriamente el industrial, en que á veces en inglés se dice las piernas de un piano lo mismo que los piés, y ciertas personas rígidas tienen por indecente que aun los instrumentos de música dejen ver sus piernas desnudas. »

La relajacion de costumbres en Nueva York no se manifiesta solamente en el interior de las casas, sino en la calle, lo que permite á los burlones extranjeros señalar entre los americanos muchas capitulaciones de conciencia y muchas contradicciones. Hace veinte años, todos los sábados, en cuantodaban las doce de la noche, tendian cadenas que atravesaban las calles, y en las avenidas elevaban barricadas piadosas para imponer á los coches la observancia del domingo.

Hoy se impide que los omnibus circulen por la ciudad; pero los carruajes particulares y los *cars* que hacen por los carriles lo que los omnibus por el empedrado, tienen sin duda una dispensa de la Iglesia y trabajan sin pecado. Todas las tien-



El descanso del domingo : en la casa de campo.



En la iglesia.



En casa.

RAUL.

¿Y qué más ha de esperar? amigo mio. Susana tiene una educación casera, una educación de provincia, y no es lo que me agrada menos. El matrimonio para ella es el matrimonio, un gato es un gato, y un marido es un marido, nada más.

JORGE.

Raul, todavía no tiene veinte años esa mujer casera cuyos ojos se hallan animados por la llama viva de la juventud. ¿Cuál es la joven, sobre todo las que se crían en el lujo, que no haya edificado en el seno de las nubes su palacio nupcial?

RAUL.

Y aun siendo así... ¿debería yo consumir mis días en un eterno celibato por esa perversidad que prestas tú a las señoritas?

JORGE, levantándose bruscamente.

¡Ah! (Raul se baja al mismo tiempo buscando un objeto con atención.) ¿Qué has perdido?

RAUL.

Nada... ¡Ah! ¡esta aquí! — Mira si puedes ver: es una joya microscópica, una llavecita de oro... mi mujer me la dió esta mañana con mucha ceremonia y mucho misterio... parece que es cosa muy preciosa. Sin embargo, habría podido prescindir de regalármela; todo lo que es tonto me importuna.

JORGE.

Raul, voy á decirte adiós.

RAUL.

¿Qué tono es ese? ¿Nos enfadamos, Jorge?

JORGE.

No, pero me tienes en un potrero. Hace quince años que eres el primero de mis amigos... has estrechado esa antigua fraternidad con un acto generoso que te ha hecho dueño de mi vida... y creo que todo lo olvidaría, hasta la sangre que has derramado por mí, si continuara más tiempo oyendo como tratas los sentimientos más nobles, ¿qué digo?... hasta la honra de tu joven esposa con esa afectación de buen humor, con ese desgarro de libertino.

RAUL, riéndose.

¡Oh! ¡estos militares tienen pólvora en las venas, — y sus palabras son terribles como el acero!

JORGE.

Adiós.

RAUL, deteniéndole con fuerza y bajando la voz.

Antes de marchar, Jorge, deja reposar un momento tu mano en mi corazón; cerca de esta mano leal me parece que va á recobrar un poco de ardor y de juventud.

JORGE.

¿Qué dices?

RAUL.

No dejes de quererme; soy un desgraciado, pero no un infame. Ese lenguaje, que te ofende con mucho fundamento, ha llegado á ser en mí familiar y como natural, me sirve de máscara insolente para la desesperación que devora mi existencia; pero jamás como en el día he tenido necesidad de fingir, pues siento aquí la muerte. (Se da en el pecho.)

JORGE.

¡Dios mio! ¿Qué secreto fatal me ocultas?

RAUL, con voz sofocada.

He vivido, eso es todo. Quisiera que se hubiese desplomado sobre mí alguna horrible desgracia, lucharía, combatiría, ostentaría un valor á toda prueba... Pero no; sucumbo á un mal sin nombre y sin remedio; nada puede nadie contra el pasado, y el pasado me mata. He pasado mi juventud sin freno á través de un mundo sin creencias, — ¡y ya ves, amigo mio, adónde he llegado!

JORGE.

Todo eso es tan singular para mí, que me cuesta mucho trabajo comprenderte.

RAUL.

Consiste en que desde la salida del colegio, nuestro punto de partida común, hemos seguido dos caminos bien diferentes: tú has sujetado tu vida á la santa obligación de un deber fijo, de una disciplina... y yo no... pero dime ante todo si te acuerdas de lo que yo era hace veinte años.

JORGE.

Eras, amigo mio, lo que eres hace un instante, una inteligencia noble y ardiente, un alma altiva, amante, exaltada, capaz de todas las abnegaciones, digna de todas las ternuras...

RAUL.

No, no; no te preguntaba tanto... pero tu recuerdo aunque parcial, me atestigua que existían entonces en mí gérmenes dichosos que desarrollándose al abrigo de

una regla cualquiera prometían á mi porvenir algunos talentos ó algunas virtudes... Pero la ociosidad se apoderó de todo, y todo fué dispersado!... No tengo intenciones de contarte la historia trivial de un libertino, ni de darte á conocer los resultados vulgares de una juventud desocupada y disoluta; quisiera únicamente hacer que tocaras con el dedo el carácter particular y funesto que imprime á una existencia tal la época en que vivimos. — Creo que sería preciso retroceder hasta el caos confuso que sirvió de transición á las edades modernas para encontrar un tiempo como este, que haya desconocido la ley providencial que domina todo nuestro mundo moral é intelectual: quiero decir, la autoridad, el freno, la creencia. Has debido observarlo: los resortes de nuestra alma y de nuestro espíritu para tenderse hasta la virtud ó hasta el genio, necesitan cierta compresión superior que nunca les ha faltado tanto como en el día. — Ciertamente poseemos las mismas facultades que nuestros padres, pero los móviles nos faltan; ningún soplo constante hincha nuestras velas, corremos la misma fortuna que un barco abandonado cuyo timón y arboladura enteros aun, ceden á los caprichos á menudo contrarios de las olas y del viento. Así esos instrumentos de fuerza y de salvación con que le dotaron no sirven más que para su pérdida... Así vamos nosotros á la mala ventura, — el barco sin piloto y los hombres sin Dios. — Dicen que eso es la libertad; corriente... ¡es la libertad de un ciego!

JORGE.

Sí, el crimen de estos tiempos ha llegado hasta á comprometer ese nombre sagrado.

RAUL.

Sin duda; y veo que aun nos entendemos los dos, querido Jorge. No te imagines que yo tenga la flaqueza demasiado común en el día de repudiar por odio á la licencia, la libertad y sus grandes beneficios; pero tampoco está en mí ese orgullo estúpido, que es muy común igualmente, de rechazar como otras tantas servidumbres feudales toda fe, toda regla, toda disciplina moral, desde la creencia en Dios hasta el respeto de la madre ó de la patria!... ¡Locos! Esos sentimientos, esos deberes, esos yugos eternos que sacuden y quebrantan, son las condiciones mismas de nuestra fuerza; — las palancas elementales de la grandeza humana: pretenden arrancar los obstáculos y arrancan las raíces... — Tal es en fin el mundo en que he vivido, y por mucho que le condene, he vivido de su vida, estoy impregnado de sus venenos. En ese mundo, Jorge, no hay más que un medio de sustraerse al torbellino de nuestras más nobles facultades, de conservarlas algún interés y alguna energía: — es el trabajo. Este deber individual que el hombre se crea, no reemplaza seguramente esos grandes deberes esenciales y comunes á todos, cuya violencia fecunda podría hacer florecer el heroísmo ó el genio; pero pone á nuestra alma y á nuestra inteligencia en una concentración saludable, y si no eleva jamás muy alto su poder, al menos las preserva de una descomposición absoluta. — Pues bien, ningún deber, ningún trabajo ha escudado mi juventud; y la ociosidad, mala siempre, es peor que nunca en nuestro tiempo. Esto te he querido decir, y aunque me avergüence de tan larga palabrería, no me arrepiento de haberla empleado si ella ha podido darte una idea de mi miseria, — una excusa de mi envilecimiento.

JORGE.

Puedes calumniarte cuanto quieras, bien sabes que no te creeré. No, un alma enervada no se juzga á sí misma con ese rigor; un corazón pervertido no puede elevarse hasta la abnegación sobrenatural de que me has dado una prueba.

RAUL.

Te equivocas; si quieres perdonarme la comparación, te diré que yo veo como el arcángel maldito, la profundidad de mi caída, pero no por eso me levanto. Me juzgo, pero no me enmiendo. Tu amistad, nuestros recuerdos de juventud han provocado en mí un acceso de franqueza; te he descubierto mi llaga, pero la conservo incurable siempre. Pasado este instante vuelvo á ser lo que era. Mis palabras y mis acciones van á recobrar á pesar mio el sello repugnante del hastío, del cansancio y del orgullo que las caracteriza. — En cuanto á ese rasgo de abnegación, como tú dices, le estimaría menos si supieras en qué período de mi vida tuvo lugar... Cuando me hallé en medio de la pendiente deplorable de mi juventud, hice como una pausa, me encontré en una estación por donde pasan las existencias más disolutas. — Sin embargo, me horroricé de mi flaqueza, de mi decadencia; me desprecié á mí mismo. Una especie de furor se apoderó de mí; me creí con fuerzas suficientes para volver luego á subir el camino del abismo y reconquistarme por un esfuerzo de desesperación. Entonces busqué en torno mio alguna acción heroica; algún acto de abnegación, algún martirio... Pero el soplo de la época ha secado todas las fuentes vigorosas donde podían recobrar las almas su antiguo temple; cuando no sobrevive ninguna fe, ¿dónde halla ocasión el sacrificio? Las antiguas vías de lo sublime conducen solo al ridículo. Esto hube de reconocer yo después de haber alimentado los proyectos más estrambóticos; pero aun me poseía aquella locura cuando me reuní contigo en Africa. Ahora puedes comprender que mi salto peligroso que tanto te asombra tiene cuando más el mérito de una proeza de Don Quijote.

JORGE.

Dí lo que quieras, fué una acción magnífica que debió ponerte en paz contigo mismo.

(Se continuará.)

La India. Lucknow.

Después de la toma de Delhi por los ingleses, la atención se ha concentrado en Lucknow. (Seguimos la ortografía inglesa, pero debería escribirse como debe pronunciarse: Lucknow). — La Inglaterra había tenido esperanzas y aun recibió la noticia de que había quedado libre esa ciudad, donde se hallaban cercadas sus tropas por la insurrección; pero después se supo que la noticia era por lo menos muy exagerada; que los sitiados viéndose minados se apoderaron con nueva energía en presencia del peligro de varios fuertes que estaban en poder de los insurrectos; pero que no por eso dejaban de estar bloqueados y en una situación precaria todavía. En este estado de cosas creemos corresponder á la curiosidad de los lectores, dando en las páginas siguientes algunas vistas de Lucknow tomadas de la colección de fotografías del barón Alejo de la Grange, y añadiendo algunas nociones topográficas é históricas sobre el reino de Uda y su capital.

El jefe de la dinastía de los reyes de Uda fué un antiguo comerciante del Khorassan que habiendo obtenido un mando militar, llegó á ser gobernador del país. En este puesto, que conservó hasta su muerte, ocurrida en 1739, se distinguió mucho. Su hijo le sucedió, y en 1747 fué elevado al grado de primer ministro del Gran Mogol sin dejar por eso su gobierno. En 1766 el emperador y su ministro después de haber tratado de oponer unos á otros sus enemigos indígenas los Marattas y los Rohillas, se decidieron á pedir socorro á los ingleses, y concluyeron con ellos un tratado en cuya virtud estos se comprometían á suministrarles tropas mediante un subsidio. Este régimen dió sus frutos, y en 1801 el gobernador de Uda no pudo ya cumplir sus compromisos, y los ingleses le exigieron cesión de la mitad de su territorio, á saber: Allahabad, Rohilkund, y una gran parte del Doab, en cambio de lo cual se encargaron de protegerle contra sus enemigos interiores y exteriores. También él se obligó á administrar lo que le quedaba de sus posesiones, según los avisos y con la ayuda del gobierno inglés.

Hasta 1818 toda autoridad inglesa ó musulmana dependía del Gran Mogol, y toda la moneda se acuñaba en su nombre; pero desde ese año no reconoció otra soberanía que la de la corona de Inglaterra, y el gobernador de Uda tomó el título de rey, ó más bien de emperador. No obstante, se elevaba para caer de más alto.

En un cuadro estadístico tomado de la *Modern India*, de M. Jorge Campbell, M. de Valbezen después de reasumir los compromisos de los Estados con el gobierno de la compañía de las Indias, debió añadir la nota siguiente al artículo de Uda: «Agregado á fines de 1853 por lord Dalhousie al territorio de la Compañía,» medida que justifican suficientemente, según él dice, los intereses de las poblaciones nativas, aunque conviene por otra parte en que es quizá contraria al texto de los tratados. Así en su proclama los oficiales del ejército insurrecto de Delhi y de Meerut, presentan el ejemplo del rey de Uda, destronado á pesar de la adhesión sin límites que tanto él como sus antecesores mostraron á la Compañía, para manifestar lo que se puede esperar de las promesas de los ingleses.

Sea como quiera, el reino de Uda ha sido uno de los primeros que con más ardor han querido sacudir un yugo á que todavía no estaba acostumbrado, y casi la totalidad del ejército del rey desposeído que había sido incorporada en los regimientos de la Compañía, ha suministrado un contingente considerable á la insurrección.

Pero ya hemos dicho bastante sobre los hechos; en cuanto á los lugares nos apresuraremos á describirlos como estaban ayer, y como quizá no estarán mañana.

Lucknow, según M. de Valbezen, es una ciudad de más de 500,000 almas; el príncipe A. Soltykoff, con la moderación que le distingue, no le da más que 300,000. Pediremos alternativamente á entrambos viajeros que nos guíen por esa capital, que á esta hora se halla quizá reducida á un montón de ruinas.

«En cuanto salió el sol, dice el príncipe Soltykoff, subí á la azotea ó balcón (de la residencia inglesa), desde donde ví el panorama asombroso de la ciudad de Lucknow con su mezquita, sus espléndidos palacios y sus cercanías cubiertas de vegetación misteriosa. Pero aquí ya no se ven palmeras, excepto acá y acullá, como en Italia. *Ma che freddo*. Y al mismo tiempo un sol abrasador durante todo el día que quema el cuerpo transido. No se sabe que hacer; se tira, y hay que estar á la sombra por miedo de coger un tabardillo. El residente, que era el coronel Low, no tardó en venir á mi cuarto en traje de mañana... Este buen señor, hombre muy afable y muy franco, me ofreció un elefante para que recorriera la ciudad, añadiendo que siempre tenía un dispuesto al amanecer, y que rara vez le aprovechaba.

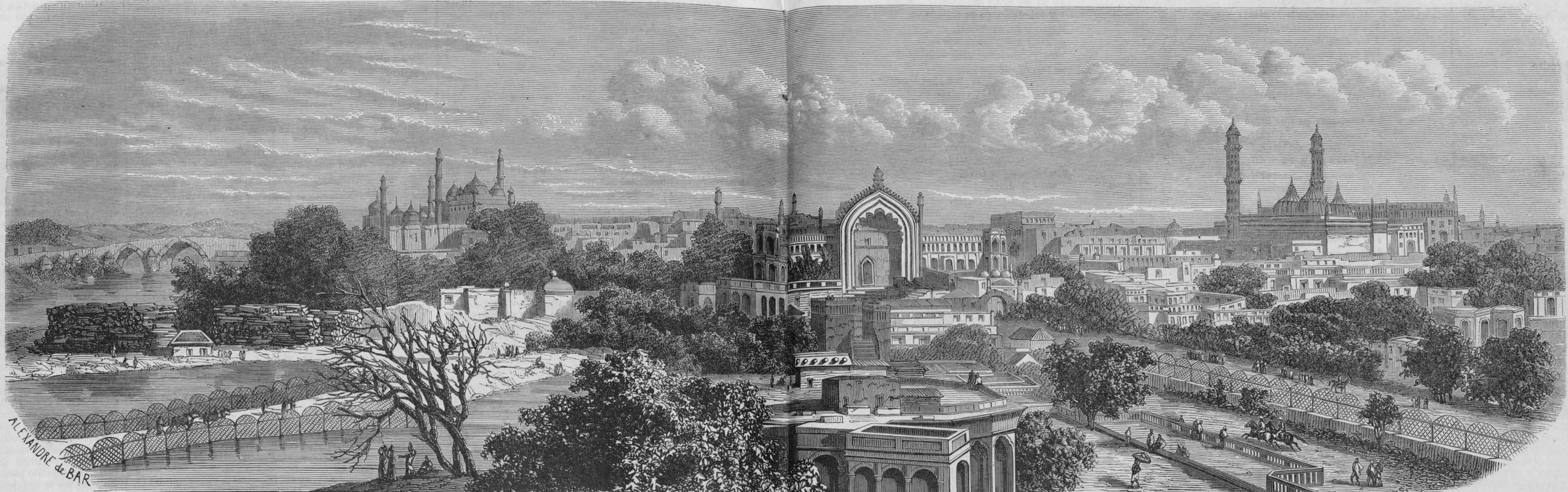
Gritó por la ventana: *haly-laou*, lo que quiere decir: «Da el elefante,» y al punto ví salir del jardín el cuadrúpedo gigantesco, con un pabellón magnífico de plata dorada adornada con muchas pedrerías falsas que imitaban diamantes, esmeraldas y rubíes, colgando en sargas del pabellón, lo que producía el mejor efecto con el sol rosado de la mañana.

Este pabellon de forma original se componia de dos cisnes esculpidos y cincelados de plata, con los collares de pedrerías que acabo de decir. Los caparzones brillaban de oro y encarnado. El que guiaba el animal iba de blanco con un pañuelo de cachemira al hombro. Yo subí por una escala. Un criado envuelto tambien en un cachemira se instaló detrás de mí en un puesto especial, y marchamos precedidos de un ginete, especie de cosaco que llevaba un uniforme singular. Entré en una calle ancha y populosa. Hermosos edificios morunos, con cúpulas moscovitas y muchos minaretes se descubrian á mis ojos por todas partes. Ginetes vestidos de paño de oro y de cachemiras montados en bonitos caballos y precedidos de hombres con picas de plata ó el sable en la mano, corrían á mas no poder; otros señores iban en palanquines descubiertos y dorados, rodeados de servidores y precedidos de guardias de honor en camellos enjaezados de rojo y de verde; veíanse los elefantes por grupos, y sobre ellos iban habitantes de Lucknow hablando y fumando; partidas de Afghanes salvajes que se columpiaban en sus inmensos camellos, y al extremo de la calle se distinguía una puerta moruna magnífica y grandiosa, y mas allá se elevaban minaretes finos y graciosos, cúpulas doradas como las del Kremlin de Moscú que producian un efecto soberbio. Al llegar á esa puerta supe que conducía al recinto rodeado de murallas que el anciano rey actual ha elegido por sepultura. Entré, y me quedé sorprendido al ver que esa plaza inmensa contenía todo lo mas encantador que puede reunirse; muchos edificios morunos de una arquitectura ad-

mirable, fuentes y pajareras llenas de pájaros vistosos. Aun se estaba trabajando en uno ó dos de esos edificios que se destinan á punto de reunion para los habitantes de Lucknow en los dias de fiesta. Entré en el mas grande, donde reposa la madre del rey en medio de la sala principal; en el sitio en que su cuerpo está depositado se eleva una bonita mezquita, ó mas bien un

modelo de mezquita, de plata dorada. Allí quiere el rey ser enterrado, cerca de su madre. El interior de este elegante edificio se compone de cuatro ó cinco compartimientos muy vastos con bóvedas altas, y separados unos de otros por columnas y arcos... Lucknow es una ciudad muy hermosa; pero todos sus edificios son de ladrillo, la mayor parte blancos y algunos pintados de rojo y de verde; los interiores suelen ser de mármol... El bazar

es una calle interminable, donde siempre hay mucha gente.» A continuacion de este relato pondremos otro sobre el mismo asunto, copiado de M. de Valbezen: « Por todas partes, á cada paso, se encuentran en Lucknow monumentos públicos, palacios, casas de recreo, mezquitas sepulcrales, con las ricas insignias del trono... Hay muchas tumbas de reyes en Lucknow, y algunas son muy dignas de llamar la atencion. La de



Vista general de la ciudad de Lucknow.

jardin del aspecto mas agradable, lleno de fuentes, de flores y de estatuas. A la derecha y á la izquierda se elevan monumentos que reproducen en pequeño las formas del *Tarje* de Agra, y por fondo del cuadro está la mezquita sepulcral con sus blancas paredes.

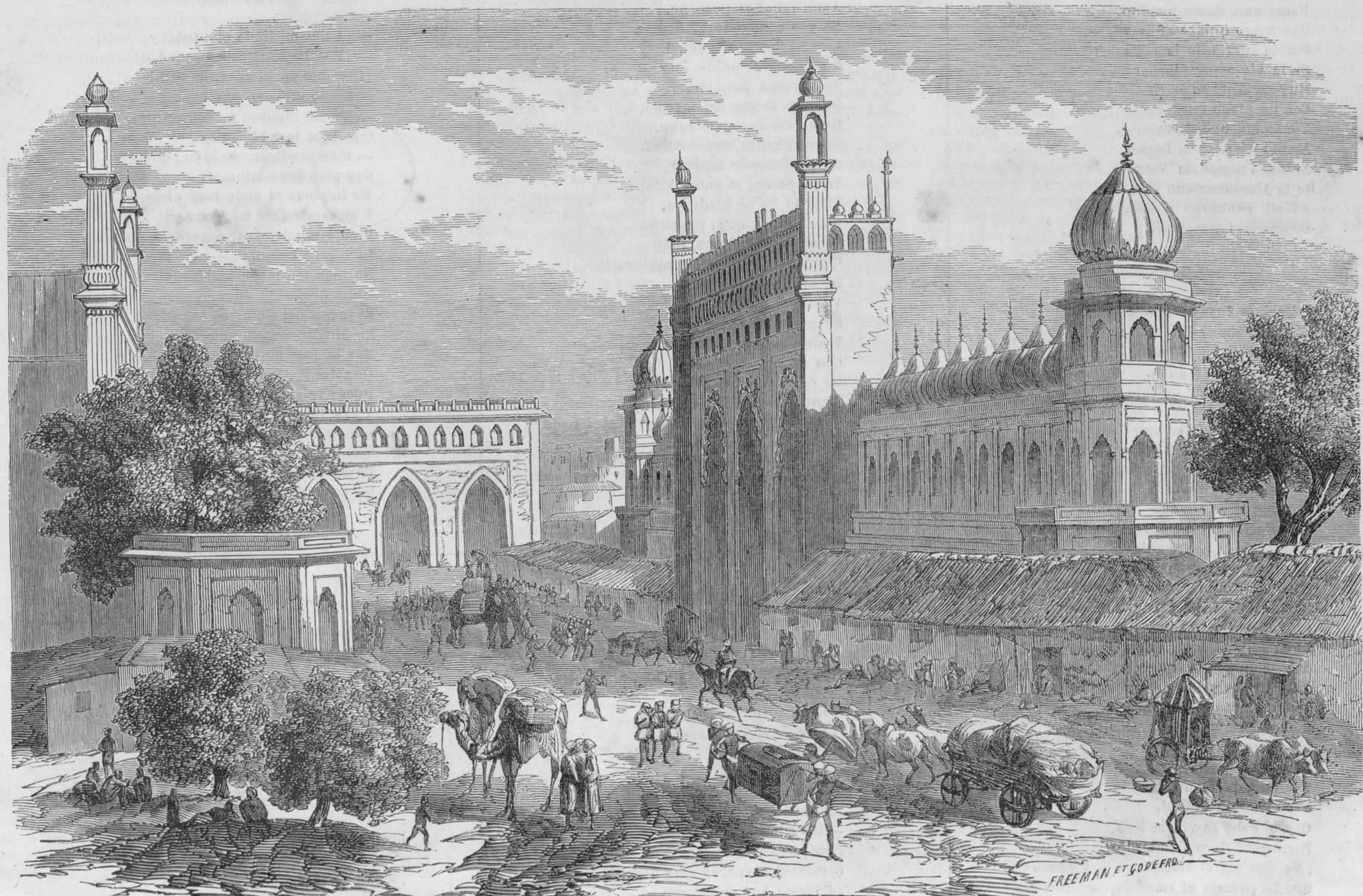
Nadie sale de Lucknow sin visitar el palacio de Constantia, construido por el general Martin, uno de esos aventureros afortunados que fueron á la India cuando el árbol de las rupias tenía aun todas sus hojas... El palacio de Constantia, que dista poco de Lucknow, y encierra una casa de educacion, sostenida por la sucesion del general, es seguramente una de las construcciones mas curiosas que pueden imaginarse. Es difícil adivinar cuál pudo ser su destino primitivo. Dos galerias semi-circulares de un piso se unen con el cuerpo principal que presenta una serie (creo que es de cinco pisos) de pequeños pabellones, de azoteas sobrepuestas como un verdadero castillo de naipes, y con mucha profusion de estatuas de toda clase, pastores Luis XV, chinos y chinas, emperadores romanos, dioses del Olimpo y sabios de la Grecia. Desde lo alto de esa Babel se descubre una vista asombrosa; detrás del monumento la ciudad de Lucknow despliega el magnífico panorama de sus cúpulas doradas, de sus minaretes elegantes, y sus mil monumentos que vistos de lejos como deben verse todas las cosas del Oriente, se presentan bajo un aspecto lleno de originalidad y magnificencia.»

La Rumees-Darwaza ó puerta de Constantinopla está citada en la *India* de M. Stocqueler como uno de los monumentos mas hermosos de Lucknow. B.

Asuph-ul-Dowlah, abuelo del rey Nasser-ul-Din, se eleva en la catedral, en medio de la soledad de uno de los salones mas grandes del mundo. La de Nasser-ul-Dowlah, padre del último soberano de Uda, es un monumento mucho mas gracioso, y cuyo estado de conservacion no deja nada que desear, cosa rara en la India. Un pórtico monumental lleno de minaretes conduce al viajero á un



La puerta Rumees-Darwaza, en Lucknow.



Calle Mayor de Lucknow.

Castigo de Dios.

I.

Asomada á la ventana
La pobre María está;
Tiene el rostro... como el rostro
Del que llevan á enterrar;
Mira con ansia á la calle
Y solo ve oscuridad,
Y aplica el oído y oye
Cómo silba el huracán.
«¡Está loca arrematada!»
Dicen en la vecindad,
Y no mienten. Pobre chica,
¡Loca rematada está!
Si quereis saber la historia
De su locura, escuchad.
Era una chica de quince,
Llena de gracia y de sal,
Con unos ojos azules
Que decían soledad.
Fué á la Florida una tarde
Contenta, alegre, locuaz,
Como una rosa recién
Cortadita del rosal,
Y á la orillita del río
Viendo á la Inés y á la Paz
Alegremente bailando
Con su novio cada cual,
Que ella no tenía novio
Se puso á considerar.
Se le saltaron las lágrimas,
Pero consolada ya,
Las enjugó con la punta
De su airoso delantal,
Y se puso á coger flores,
Florecitas de San Juan,
Y tomillo y siemprevivas,
Y qué sé yo cuántas más.
Así que hizo un ramillete
Con él bajo el delantal
En dos saltos á la ermita
De San Antonio se va,
Y dice al Santo bendito
Engalando su altar:
— Santo bendito y hermoso,
Si es verdad
Que á las muchachas honradas
Novio das,
Dame uno, Santo bendito,
Que tengo quince años ya. —
Por la cuesta de la Vega
Se la vió á poco tornar
Muy metidita en harina
Con un joven muy galán;
Y cuentan que detuvieron
Ambos el paso al llegar
Al muro donde la Virgen
De la Almudena aun está,
«Y allí se dieron palabra
De no olvidarse jamás.»

II.

María y Juan se adoraban...
¿Se adoraban? Dije mal:
Juan engañaba á María,
María adoraba á Juan,
Y vino á resultar de esto...
Lo que suele resultar
Cuando la novia es muy boba
Y el novio es muy truchiman.
El mundo á la pobre chica
Escarneció sin piedad,
Y celebró con chacota
Las gracias del perillan.
Bien pudo la pobre chica
Acudir á un tribunal,
Pero ¿qué hubiera sacado?
Dar un escándalo más,
Que el delito semejante
Al cometido por Juan,
Se comete sin testigos,
Y... váyale usted á probar,
Y el que no quiere por bien,
Cómo ha de querer por mal.
La desventurada chica
Se contentó con llorar,
Y tanto lloró la pobre
Y su tristeza fué tal,
Que al cabo se volvió loca,
Pero qué, ¡loca de atar!
¡Maldito sea el amante
Que tal premio al amor da,

Y si no le dan garrote,
Maldita la sociedad!
Al pié de aquella ventana,
Donde su víctima está,
A las doce de la noche
Iba muy rendido Juan,
Y hasta la ventana á veces
Solía el bribon trepar...
¡Pobre loca! allí la tiene
Una esperanza quizá,
La esperanza de que torne
El amante desleal;
Pero el amante no torna,
Y la pobre chica va
Perdiendo aquella esperanza
Y comienza á desvariar.
¿Ois esa carcajada?
Atencion, que va á cantar:
«Una palabra me diste
Y la has olvidado ya;
Pero yo cumplo la mia
De no olvidarte jamás.»

III.

¡Santa Bárbara bendita!
Comienza á relampaguear,
Y los truenos menudean
Y cada vez suenan más.
Retírate, pobre loca,
De esa ventana fatal;
Los relámpagos que alumbran
Tu descolorida faz,
Despiertan en tí recuerdos
Que no debes evocar,
Son la imagen verdadera
De tu ventura fugaz.
Pero ¿qué ruido, qué acento
Blasfemo, torpe, brutal,
Hasta tu ventana llega
En alas del huracán?
Acércase una cuadrilla
De jóvenes cuya faz
Ha descompuesto el desorden
De asquerosa bacanal.
Cantan, se atropellan, rien
Y blasfeman al compás
Del estallido del trueno
Que retumba sin cesar.
¡Pobre María! sus ojos
Amortiguados poco ha,
Se van animando... brillan
Con un brillo sin igual,
Que siente la pobre loca
Su corazón palpar,
Que oye la voz del ingrato,
De su verdugo, de Juan.
Su vergüenza, sus dolores,
Su prolongado esperar,
Todo, en fin, la pobre loca,
Todo lo ha olvidado ya,
Pues piensa que, pesaroso
De su olvido, torna Juan
Como otro tiempo á embriagarla
De amor y felicidad,
Y llora la pobre chica
De gozo, no de pesar,
Y abre sus brazos con ansia,
Con delirio, con afán
De oprimir contra su pecho
A aquel por quien loca está.
«Ven, amor mio, le dice;
Amor mio, ven acá,
Ven, ven, que sin tí me muero,
Que no puedo esperar más.»
Y dando una carcajada
Vuelve otra vez á cantar:
«Una palabra me diste
Y la has olvidado ya;
Pero yo cumplo la mia
De no olvidarte jamás.»

IV.

A la ventana se acerca
El amante desleal
A impulso de la costumbre
O á impulso de la crueldad,
Que alma de tigre es preciso
Tener para atormentar
A la mujer que honra y vida
Sin pedir recibo da.
—Hola, murmura, ¿qué es eso?
¿Conjuras la tempestad,
O estás de espera? Qué diablo...
¿Cuántos han caído ya?

Responde, no tengas miedo...
Yo no me he de incomodar.
Del árbol que yo he podado
Hagan leña los demás.
—Teme á Dios...
— Soy muy valiente.
— ¡Compadéceme!
— ¡Bah, bah!
¿Te tratan mal tus amantes?
...
— ¡Calla! Se ha quedado atrás.
Juanito, ¿qué haces ahí, hombre?
¿Qué no vienes?
— á, já, já,
Está pelando la pava.
— No hay duda.
— Cierto.
— Cabal.
— Veamos la ventanera.
— Será linda.
— Lo será.
— Juan no se va á las peores.
— Díganlo Juana, Pilar,
Petra...
— ¡Qué chicas!

— Divinas.
— Encantadoras.
— Bien mal
Se portó con todas ellas.
— Las echó á la eternidad.
— ¡Y dicen que amor no mata!
— Sí mata.
— Qué ha de matar.
— Es lo cierto que esas chicas
Se mueren y tres más.
— ¿Pero de amor?
— Por supuesto.
— ¡Ay qué horror!
— ¡Qué atrocidad!
— Yo no quiero enamorarme.
— Ni yo tampoco.
— Jamás
He de querer á ninguna.
Muchachos, nada de amor;
A divertirse con todas,
Y... ¡viva la libertad!
— Magnífico.
— ¡Qué talento!
— Sublime.
— Piramidal.
...
— ¡Adios mi linda olvidada!
— ¡Por Dios, ten de mí piedad!
¡Con que me olvidas, ingrato!
— Tengo otras en que pensar.
— No me olvides, no me olvides,
Que Dios te castigará.
— Bien predicas, pero yo
Soy pecador contumaz.
Me importa el cielo tres pitos,
Y en teniendo á mi mandar
Vino y muchachas, desprecio
La cólera celestial.—
No bien tan torpe blasfemia
Hubo proferido Juan,
El fuego del cielo, un rayo
Le hirió con golpe mortal;
Mas la loca no oyó el grito
Que dió al tiempo de expirar,
Pues expiraba también
Y era su canto final:
«Una palabra me diste,
Y la has olvidado ya;
Pero yo cumplo la mia
De no olvidarte jamás.»

ANTONIO DE TRUEBA.

DOLORA.

A MI AMIGO DON TEODORO GUERRERO.

FUENTE INAGOTABLE.

¡Amé una vez, y dos, inmensamente,
Y tres... y acaso más!...
¡Del corazón la inextinguible fuente
No se agota jamás!
¡Magnífico está el baile! ¡Encantadora
Se halla prendida así!
Resúmen de la vida en una hora
Es la existencia aquí.
¡Mirad qué hermosa está! ¡Si no la miro
Siquiera en ilusión,

Falta una cosa al aire que respiro!...
 ¡Otra vez, corazón!
 Mientras bailamos ¡ay! el tiempo vuela...
 ¿Pero qué hemos de hacer?
 La vida humana al fin solo es la tela
 De que se hace el placer.
 Allí va. ¡No, no va! ¡Mi pensamiento
 De su imagen en pos,
 Aquí y allí, en la tierra y en el viento
 La crea como Dios!
 ¡Maldito corazón que nunca cesa
 De mudar y querer;
 La carne de mi espíritu es hoy esa;
 Como otra ha sido ayer!
 ¡Ira del cielo! Como nunca tierna
 Baila con otro... ¡Oh Dios!
 ¡La breve vida á veces es eterna!
 Ya va un instante... dos...
 ¡Ni una mirada de su amor merezco!
 Van cuatro... seis... ¡Pardiez!
 ¡Cuando ella no me mira me aborrezco!
 Van ocho... nueve... diez...
 ¡Y once van ya! ¿La eternidad entera
 Tarda tanto en pasar?
 ¡Oh, cuánto gemiría, si pudiera
 Gemir sin respirar!...
 Vamos, como ella, á enloquecer con esa;
 Y con esta también...
 — ¡Divino! Concepcion.— ¡Bravo! Teresa:
 ¿Que si vas bien? ¡Muy bien!
 — No quisiera mas dias de contento,
 Mercedes, por quien soy,
 Qué de besos te dan de pensamiento
 Cuantos te miran hoy. —
 ¡Huyamos de ella, huyamos, alma mía!
 ¿Cómo huir, ¡maldición!
 Si exceptuando su amor, todo me hastia?
 ¡Otra vez, corazón!
 ¡En baile! ¡Vedla como siempre hermosa!...
 — ¿Que estoy muy triste, Inés?
 Tú no entiendes mi pena, eres dichosa.
 ¿Que es porque no amo? ¡Pues!
 — Te se ha subido, Inés, con el contento
 Al rostro el corazón;
 Y eso no es, vive Dios, el sentimiento;
 Eso es la sensación. —
 ¡En baile! ¡En baile! — Tu semblante augura
 Castidad y salud:
 Bien dicen, Asuncion, que la hermosura
 Es casi una virtud.
 ¿Quién hoy, responde, tus encantos labra?
 ¿Dices que es la pasión
 Ventura que deshace una palabra?
 (— ¡Cruel! ¡Tiene razon!)
 (¡Allí pasa otra vez! Mas no, es mi anhelo
 Que se lo forja así...)
 — ¿Que en qué pienso, Leonor, mirando al cielo?
 ¿Qué he de pensar? En tí.
 ¿Quién besará, mi bien, labios tan bellos?...
 Mas perdona, Leonor;
 Quise decir: poner el alma en ellos...
 ¡Bendigo tu pudor!
 Cuando te ví, cruzó por mi cabeza
 Un pecado venial...
 ¿Si habrán dicho por tí que es la belleza
 Demonio temporal?
 Tu pupila, esa entrada de los cielos,
 Me llena de embriaguez:
 No eres mía, Leonor, y tengo celos;
 ¿Que es envidia? Tal vez.
 ¡Bella música á fe! ¡Cuál corresponde
 Su acento á mi pasión!...
 Esto lo oí con ella no sé dónde...
 ¡Siempre ella, corazón!
 ¡Qué sufrir! — Paz, no sufras; es el modo
 De que sufran por tí:
 Una mujer que me lo cuenta todo,
 Me lo ha contado así...
 Pasó el baile, y la noche; ¡Con el dia
 Ya vendrá otra embriaguez!...
 ¿Dónde la muerte está de esta agonía?...
 ¡Otra vez, corazón! ¡ay! ¡otra vez!

RAMON DE CAMPOAMOR.

Consumo de algodón.

Sabido es el papel inmenso que el algodón representa en la industria. Excepto la perturbación que una mala cosecha de trigo arroja en el régimen económico de los pueblos, no hay trastorno comparable con el que causa un déficit en la producción del algodón. Si de repente los criaderos auríferos de la California y la Australia dejasen de producir una sola partícula de oro, este accidente causaría tan solo un desarreglo momentáneo en las transacciones; y aunque las minas de carbon de pie-

dra fuesen mas avaras de sus riquezas, que este nombre merecen con mas justo título que los tesoros de los *Placeres*, tampoco este hecho, bajo el punto de vista general, tendría la gravedad que una plaga que súbitamente sufriesen las plantaciones de algodón en América. El lino, la lana y la seda, á pesar de sus usos múltiples y la gran actividad industrial á que se prestan sus manipulaciones, importan menos al bienestar del mundo que ese vello precioso del que solamente Inglaterra absorbe una cantidad anual de novecientos millones de libras, que dan trabajo á una población de quinientos mil individuos, y del que este país exporta despues de haberlo convertido en hilos y tejidos por valor de unos 950 millones de francos al año. Y cuando hayamos añadido que esta suma representa la tercera parte del valor total de las exportaciones de la Gran Bretaña, se tendrá un hecho concluyente en apoyo de lo que venimos diciendo de la inmensa importancia del algodón en la industria. Por lo demás, todo el mundo sabe que apenas habrá ser humano que no use en poca ó mucha cantidad esta materia, puede decirse universal, para su vestido, desde el rústico *fellah* de la India hasta los elegantes de nuestro mundo civilizado.

Despues de lo que acabamos de decir puede concebirse con qué interés se esperan los resultados de la cosecha anual de algodón. Pues bien; este interés es hoy mas vivo que nunca. A pesar del desenvolvimiento que el cultivo de algodón ha tomado en ciertos países, particularmente en la India y en Argelia, el producto actual, por considerable que sea, no satisface las necesidades de la industria, y esto trae tan preocupados á los fabricantes ingleses, que en la primavera de este año han tenido varios meetings en Manchester y otras ciudades industriales para acordar los medios de aumentar la producción del algodón.

Para este objeto se contaba mucho con la India, que en 1856 habia suministrado ya á Inglaterra unos 186 millones de libras de esta materia; pero las circunstancias han venido desgraciadamente á trastornar sus planes. Si citamos á Inglaterra es porque este país es el gran consumidor, como los Estados Unidos son el gran productor. En efecto, solo las fábricas inglesas elaboran mayor cantidad de algodón que los establecimientos reunidos de todos los demás países de Europa, incluso los de los Estados Unidos; y de la suma total de 1,023.886,528 libras á que asciende la importación británica en 1856, 780.040,000 libras procedían de las plantaciones americanas que en proporción análoga atienden á las necesidades de los demás países.

Segun las noticias que acaban de recibirse de los Estados Unidos sobre la cosecha de algodón durante el año que terminó en 1.º de setiembre de 1857, esta puede calificarse en definitiva de mediana. La de 1855-56 habia dado 3.527,845 balas, y la de 1856-57 no ha producido mas que 2.939,519 balas: por lo tanto esta arroja un menor producto de 588,326 balas. Treinta años atrás los Estados Unidos cosechaban poco mas ó menos esta última cantidad que en el dia forma tan solo la diferencia de un año á otro. A consecuencia de la disminución que ha experimentado la producción de 1856-57, la Union americana ha tenido que reducir sus envíos al extranjero; así es que Inglaterra ha recibido 492,516 balas menos que en el año precedente, Francia 67,280, y los demás países juntos 142,153.

Otra causa ha influido tambien en el estado de los abastecimientos, y es los pedidos de las fábricas del interior. Hace treinta años que las manufacturas de los distritos situados al Norte de la Virginia solo empleaban 100,000 balas de algodón, y en 1856-57 han consumido 700,000, ó sea una mitad aproximadamente del que los Estados Unidos envían á Inglaterra. Añadiendo á esta suma las cantidades elaboradas en los demás países de la Union, resulta un total de 840,000 balas para el consumo de los Estados Unidos.

Segun el rápido impulso que todas las cosas toman en esta parte de la América donde las industrias lo mismo que los pueblos nacen y se engrandecen en cierto modo de un dia al otro, no está fuera de razon suponer que dentro de pocos años los Estados Unidos retendrán para su propio consumo una gran parte del algodón que remesan actualmente á los demás países. Esto justifica los temores de la industria inglesa, alarmada por estar casi á merced de un solo productor, el cual es al mismo tiempo un consumidor cuyas necesidades aumentan incesantemente.

Sabido es que de un año acá los precios están en constante alza. En setiembre de 1856, los algodones de mediana calidad (*middling*) valian 11 céntimos y medio, pero los precios se han ido elevando sucesivamente hasta alcanzar el de 16 céntimos y medio á que estaban en fin de agosto último. Tenemos á la vista la nota de los precios del algodón en bruto en Manchester, dada el 8 de octubre de los años desde 1852 á 1857; y por lo que toca á la calidad superior del algodón de los Estados Unidos, el precio desde 1852 á 1856 habia variado 6 1/4 peniques á 6 3/4 por libra inglesa; en 1856 fué de 7 1/8 peniques, y en 1857 le hallamos fijado á 9 5/8 peniques. Es esta una carestía completamente anómala.

¿Se modificará la situación en el periodo en que acabamos de entrar? Prematuro sería pronunciarse sobre esta cuestion en los presentes momentos, pues que la nueva cosecha ha empezado poco há, y las últimas noticias de los Estados Unidos son de que no habian llegado á los puertos de embarque mas que algunos centenares de balas. Nada por lo tanto puede conjeturarse, así por lo que atañe á la cosecha, como por lo que respecta á la cuestion industrial y comercial. La mayor ó menor persistencia de la crisis financiera en los Estados

Unidos, la solución de las dificultades que han surgido en la India, y hasta el resultado de la guerra con China, son otras tantas circunstancias que deben ejercer influencia en el particular. De todos modos hay que felicitarse de que el excelente resultado de la cosecha de cereales permita ver con mayor seguridad las consecuencias que otro año de carestía de algodón podria tener con respecto á las clases obreras.

La Inglaterra, la China y la India,

POR DON SINIBALDO DE MAS.

El señor don Sinibaldo de Mas, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la reina de España en la China durante los años de 1848 á 1851, acaba de dar á luz en francés bajo el título que antecede, una obrita interesantísima sobre la China con noticias sumamente curiosas sobre ese país, su gobierno, sus usos y costumbres, y su porvenir. El autor, que conoce á fondo el asunto de que trata, expone con lucidez sus ideas sobre el estado actual de la China y los medios que pueden adoptarse para conseguir ventajosos resultados. Hé aquí los puntos en que el antiguo ministro de España resume al fin de su libro estas ideas.

Ante todo, opina que es menester un acuerdo entre todas las potencias, por lo que concierne á sus relaciones políticas y comerciales con la China.

Si se desea evitar la guerra y continuar pacíficamente el comercio, seria conveniente que se cerrasen para los extranjeros todos los puertos de tierra firme en el litoral chino, porque los mandarines verian de este modo que aquéllos no llevan mas objeto que comerciar y no establecerse en el país, quedando para el comercio Macao, Hong-Kong, Chuzan y cualquier otra isla que se diese á los franceses ó á los norte-americanos.

Aun en el caso que este proyecto fuese desechado, convendría cerrar el puerto de Canton y reemplazarlo con otro puerto importante, situado lo mas cerca posible del centro del imperio.

Finalmente, si se persiste en la idea de *abrir la China*, es necesario establecer una igualdad completa entre chinos y europeos, exigiendo que el gobierno de Pekin sostenga embajadas permanentes en las capitales de los países que tienen representantes en China.

El autor termina diciendo que seria infinitamente ventajoso que el imperio actual se fraccionase y fuese reemplazado por tres ó cuatro reinos independientes unos de otros.

Para dar á nuestros lectores una idea de este libro notable que ha merecido muchos elogios de la prensa de Paris, y que se lee hoy con interés tanto en Francia como en Inglaterra, vamos á traducir á continuación uno de sus principales capítulos, el que trata de la rebelion actual de los tártaros manchus, y entre cuyo texto intercalamos nosotros en las dos páginas que siguen varios dibujos cuya explicación será breve.

Hong-Kong es una isla muy alta y árida, ó por mejor decir un peñon donde los ingleses construyeron en menos de tres años un pueblo (*Victoria*) y fundaron un establecimiento ya floreciente.—El puerto de Amoy abierto al comercio de Europa por el tratado de Nankin (1842) se halla tambien en una pequeña isla separada de la tierra por un canal estrecho. Es el gran desembarcadero para la emigración de la provincia del Fokien, que todos los años suministra un numeroso contingente á las islas grandes y pequeñas del archipiélago indio. — Por último Ning-Po sobre el rio Ya-Kia, animado por una navegación activa, pasa por uno de los pueblos mas hermosos del Celeste Imperio. — Completan nuestras páginas de grabados un mensajero imperial y dos jóvenes chinos.

Hé aquí ahora el capítulo de la obra de don Sinibaldo de Mas, con algunas ligeras supresiones hechas en los documentos justificativos, y que se indican:

ACTUAL REBELION CONTRA LOS TÁRTAROS MANCHUS.

Desde que la China quedó sometida á los manchus en 1650, se organizaron en ese imperio varias sociedades secretas cuyo objeto mas ó menos directo era la independencia nacional. Las principales fueron las llamadas *Pe-lan-Riao* y la *San-ho-huei*. El lema de esta última ha sido siempre

Tu... arriba.
 Ming... Ming.
 Tan... Abajo.
 Tsing... Tsing.

Es decir, *arriba los Mings, abajo los Tsings*; ó segun nuestro modo de hablar, «Vivan los Mings,» «mueran los Tsings.» La dinastía ó familia real que cayó cuando la conquista manchú, se llamaba *Ming*; y la de los manchus ha tomado el nombre de *Tsing*.

Los San-ho-hueis son muy numerosos, especialmente por las provincias meridionales, y hacen descaradamente gran uso del lema de su bandera, alterando la segunda y cuarta palabra de esta manera:

Arriba
 (la) Virtud,
 Abajo
 (el) Vicio.

De este modo los mandarines no pueden castigarlos. El buen gobierno de los emperadores manchus, y especialmente de Kanghi y Kienlung, monarcas notabilísi-

mos, neutralizó los trabajos de los maquinadores contra u dominio. Ultimamente parece que los hermanos de esta sociedad secreta son pocos mas que calla.

La fuerza, empero, mora del gobierno tártaro ha perdido mucho durante los dos últimos soberanos Kiaking y Taokuang, príncipes de escasas dotes para el mando. Su principal error ha consistido en apelar á la venta de empleos públicos para cubrir el déficit anual del erario. Nada tan bien organizado y tan propio para elevar á los agentes del poder como el sistema de oposiciones establecido desde antiguo en la China. En todos los países del mundo, sin exceptuar los estados constitucionales de Europa, suben al mando y á menudo improvisadamente, personas indignas de él. Esto no podía suceder en China, porque para poder llegar á ejercer el destino mas inferior, es preciso pasar por varios rígidos certámenes que duran años. Pero á esta admirable administracion se le ha abierto una terrible brecha con la venta de empleos, y puede decirse que la corte ha desconcertado la máquina gubernamental, y que ha organizado el desorden y la tiranía. Son tan grandes los males causados por esta desviacion de las antiguas máximas y leyes, que el mismo Taokuang las conocia muy bien en medio de su limitada inteligencia, sin atreverse sin embargo á remediar el daño.

El descrédito en que ha caído de algunos lustros á esta parte el gobierno manchu, aumentó mucho en la guerra de 1840 con los ingleses, pues se vió que despues de haberlo provocado, quedó vergonzosamente vencido, y que se bajó á la humillacion de ceder una parte del territorio (Hongkong), y á pagar una indemnizacion en dinero.

Todas estas causas han contribuido al nacimiento y desarrollo de la actual rebelion llamada de los Tae-pings, rebelion que se presenta con caracteres tan singulares é inesperados, que si llega á triunfar ocasionará á la China el mayor cambio que jamás desde su existencia ha experimentado.

Las noticias que sobre la historia de este movimiento político se han podido conseguir, son aun escasas y confusas. Las que han llegado al público consisten en algunas relaciones hechas por los misioneros protestantes, señores Roberts y Hamberg, por las del señor Meadrons que ha tenido á la vista los libros de los rebeldes, y por algunos periódicos de Hongkong y Shanghae. Haciéndome cargo de todos estos datos y de algun otro que yo



Puerto de Hong-Kong.



Mensajero imperial.

mismo he recogido, trataré de dar una idea del origen y marcha de la actual rebelion.

Hecha la paz con los ingleses en 1842, se licenciaron varios cuerpos irregulares que se habian armado para la defensa de la ciudad de Canton y de la provincia en general. Estos individuos que ya habian perdido la costumbre del trabajo, formaron bandas de ladrones poniendo á contribucion á los comerciantes de las provincias de Canton y Quansi que venian á la ciudad de Canton con tés para los extranjeros. Tambien hicieron lo mismo los Miaotse, habitantes de unos montes escarpados situados en el mismo territorio, los cuales jamás se han sometido completamente al gobierno de los manchus.

A fines de 1849 todos estos insurgentes recibieron un considerable é inesperado refuerzo. Una escuadrilla de vapores ingleses destruyó en 23 de octubre del mismo al extremo de la costa Sur del imperio, cincuenta y ocho grandes champanes de feroces piratas. Estos, empero, hicieron una insignificante resistencia, huyeron todos á tierra con sus armas, en número de unos 2,000, y se unieron á los insurgentes ladrones arriba mencionados. Hacia esta época empezó la insurreccion á tomar un aspecto grave, y empezó tambien á figurar un hombre travieso y extraordinario llamado Hung-seu-tsun, que luego ha sido el jefe general y ha dado el nombre al partido rebelde en consecuencia de haberse él declarado emperador, dando á su dinastía el título de Tai-Sing (la paz universal). — Sobre los principios de este aventurero nada se sabe mas que lo que han dicho el misionero señor Roberts, y otro misionero el ya citado señor Hamberg, á quien fué á encontrar en Hongkong en 1852 un chino de Canton llamado Hun-Jin, que se decia pariente ó amigo del mismo Hung-seu-tsun. Este le comunicó algunas informaciones que despues el señor Hamberg publicó. Voy á extractar en sustancia lo que resulta de todas estas noticias.

Como los misioneros desean naturalmente hacer conversiones, suelen admitir en su casa á algunos chinos pobres que manifiestan inclinacion hácia la religion cristiana, los instruyen, y algunos de estos acaban por ser bautizados y empleados además en la casa de la mision con sueldo mensual en clase de catequistas, ó de maestros ó ayudantes si la mision mantiene alguna escuela ú hospital. Fácil es de imaginar que algunos chinos que se hallan desesperados por falta de recursos, apelan al arbitrio de irse á casa de un misionero protes-



Amoy.

ante ó católico para hallar por de pronto alojamiento, manutención, y mas adelante tal vez un empleo. Hung-seu-tsuen al parecer se halló en este caso en Canton, y hácia mediados de 1847 se fué en compañía de un amigo suyo á casa del señor Roberts, pidiendo ambos ser instruidos en la religion. El amigo á los pocos dias se cansó y se marchó, pero Hung-seu-tsuen permaneció dos meses. Al cabo de este tiempo solicitó ser bautizado, y al mismo tiempo un sueldo mensual, pero el señor Roberts no accedió ni á lo uno ni á lo otro, diciendo en cuanto á lo primero que aun no se hallaba completamente instruido. Esta negativa del señor Roberts prueba que conoció no era otro el objeto de Hung-seu-tsuen que el procurarse una colocacion cómoda para vivir. Lo cierto es que habiéndosele rehusado la paga mensual, se despidió.

De lo que contaron así él, como luego Hun-Jin en 1852 se colige que Hung-seu-tsuen nació en 1813 de un pobre labrador en un pueblito á diez leguas Nordeste de la ciudad de Canton, en donde tenia su padre su corta hacienda. Con el auxilio de algunos parientes asistió á una escuela hasta los diez y seis años, en cuya edad ayudó á su padre en las labores del campo, y mas especialmente en llevar el ganado á pacer por las colinas. Sus parientes, sin embargo, lograron establecerle como maestro de escuela, cuya profesion desempeñó al mismo tiempo que se preparaba para presentarse á los exámenes y conseguir el grado de Siut-Sai. Esto, empero, nunca pudo obtenerlo, aunque para ello acudió á Canton varias veces desde 1833.

En una de estas ocasiones se encontró con un misionero chino convertido que repartía trozos de Biblia, y él tomó uno, lo cual le indujo tal vez, en 1847, á ir á casa de M. Roberts. A este le refirió que en 1837, durante una enfermedad que le causó el no salir bien de los exámenes, tuvo una vision en la que se halló en el cielo en la presencia de un anciano venerable, etc., etc., y que hacia pocos dias, leyendo por casualidad los libros religiosos que habia recibido en la calle en 1833 de manos

del misionero indígena, habia reconocido que era el mismo verdadero Dios á quien habia visto durante su enfermedad, y que por esto se habia convertido. Nada impide, por de contado, que esta vision fuese un cuen-

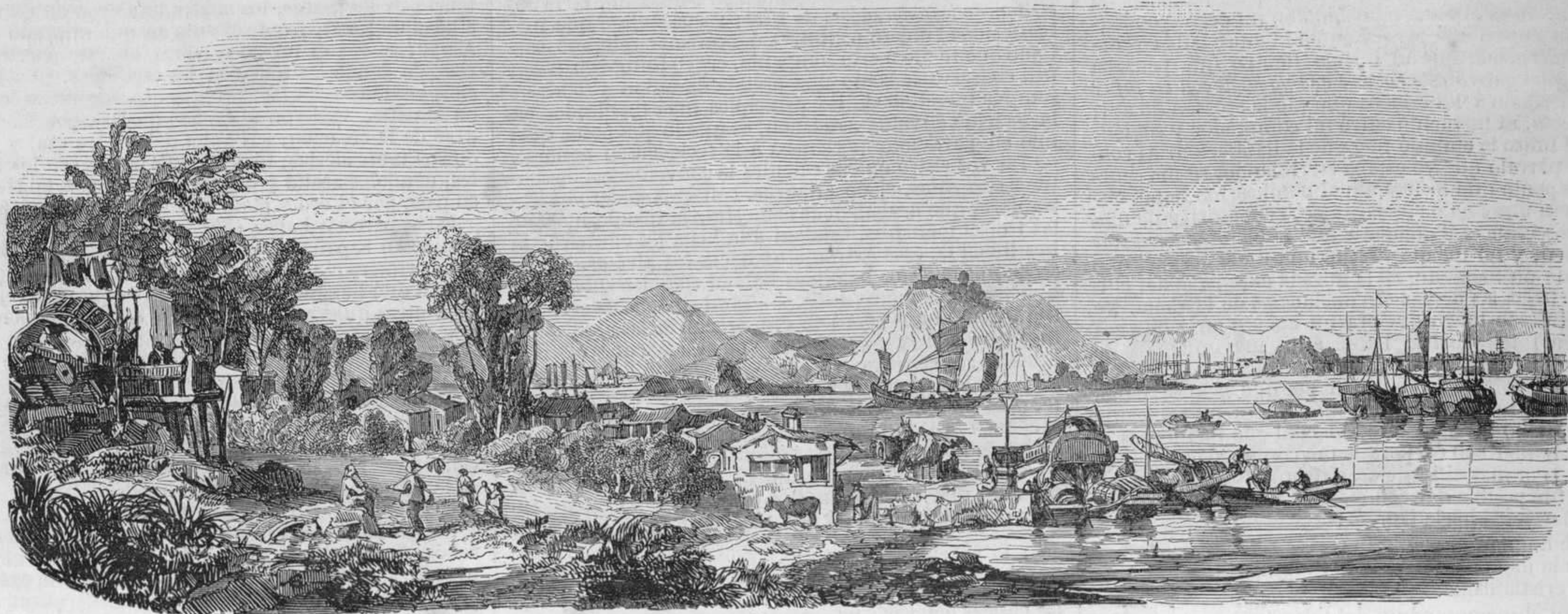
to que inventase Hung-seu-tsuen para dar una explicacion plausible de su paso al ir á pedir la hospitalidad, y mas tarde una colocacion á M. Roberts.

Hung-seu-tsuen, segun se ha contado mas tarde por sus partidarios ó por él mismo, empezó á predicar el cristianismo en su pueblo en 1843 (antes de conocer á M. Roberts) y convirtió á algunos parientes, especialmente á otro jóven maestro de escuela llamado Tung-yun-san. A causa de ser cristianos se quedaron sin discipulos, y á principios de 1844 se fueron los dos haciendo conversiones por el camino hácia los montes en donde habitan los Miao-tse con el objeto de difundir sus doctrinas. Anduvieron errantes cuatro dias sin poderse entender con los montañeses, pero al fin dieron con un compatriota que estaba allí establecido como maestro de lengua china, el cual les dió hospitalidad. Viendo que nada podian adelantar, se fueron en busca de un tal Wang, pariente de Hung-seu-tsuen, que residia en el distrito de Kwei en la provincia de Kuang-si, á cuyo cargo vivieron cinco meses. Aquí obtuvieron mas de cien conversiones. Tung-yun-san salió de la casa de Wang para regresar á su pueblo; pero á los dos ó tres dias se encontró en el camino con una partida de jornaleros que él conocia, y que se dirigian para trabajar al distrito de Kwei-ping. Se fue con ellos por su deseo de hacer conversiones, y estuvo con ellos acarreado tierra. Convirtió á varios, y por fin al mismo dueño ó director de la obra en que trabajaba. Por fin fundó allí la Sociedad de los adoradores de Dios, y despues de cuatro años y medio se volvió á su pueblo en 1848.

Hung-seu-tsuen, despues de haber estado en casa de M. Roberts, se fue otra vez á la de su pariente Wang en el distrito de Kwei-ping, y se encontró con la sociedad que habia fundado Tung-yun-



Jóvenes chinos.



Ning-Po.

muchos adeptos. Esta es la explicación dada por los partidarios y protectores de Hung-seu-tsuen, pero á mí me parece claro que tanto este como su compañero eran unos miserables no muy honrados que iban buscando algún modo de vivir, y que teniendo en el fondo de su carácter la ambición y la osadía, se salieron de su pueblo en la época turbulenta que empezó en Quantung y Quang-si al acabar la guerra con los ingleses. Su primera excursión fué á los montes de los Miao-tse; y si trataron en efecto de ganar prosélitos, debió ser ciertamente para formar alguna banda de ladrones ó revoltosos. Y si no, ¿cómo Hung-seu-tsuen tres años después de estar haciendo de misionero cristiano y después de haber ya logrado muchas conversiones, empezando por la de Tung-yun-san, se va él mismo en 1847 á casa de M. Roberts para ser instruido, y pasados dos meses de estudio solicita quedarse sirviendo á M. Roberts mediante una paga mensual? ¿Y cómo es que nada le dijo á este de sus trabajos previos en favor de la religión y de los triunfos que había alcanzado?

Aquí es el lugar de introducir un incidente desconocido aun del público. En el verano de 1849 fué asesinado el gobernador de Macao, de resultas de lo cual hubo hostilidades entre los chinos y los portugueses, y estos tomaron por asalto la fortaleza de Pasaglian. El gobierno de Lisboa envió por nuevo gobernador al contra-almirante A. de Cunha, tres buques de guerra y alguna tropa desde Goa. Se creyó que se renovarían tal vez las hostilidades en mayor escala al exigir satisfacción por el asesinato del señor Amharal. En este tiempo, que debió ser al principiar el verano de 1850, se presentó un día un chino bien vestido en casa del intérprete del gobierno el señor Juan Rodríguez. Empezó á hablarle con mucho misterio, mirando con ansia por todos lados á ver si alguno escuchaba. El señor Rodríguez que conoce perfectamente el chino mandarín y el de Canton, no le entendía sin embargo una palabra, por lo cual este temor que manifestaba el chino de ser oído, le parecía muy ridículo. Por fin, le hizo entender que escribiese sobre un papel lo que quería. Es sabido que los chinos que no se comprenden hablando, se entienden por medio de la escritura que es igual para todos. Entonces este hombre que indudablemente era de la montaña Miao-tse, se despidió y volvió al día siguiente, cuando manifestando el mismo recelo de ser visto u oído, le entregó un papel del cual es adjunta una traducción que me suministró el mismo Rodríguez. Este señor creyó que el chino estaba loco, ó que se burlaba de él, ó que querían armarle alguna intriga, y le despidió bruscamente. Es menester tener presente que en aquel momento, aunque sabíamos que en la provincia había grandes partidas de ladrones, no se hacía de esto caso alguno, y nadie veía en ello un amago siquiera de movimiento político. Así es que el señor Rodríguez ni siquiera habló á nadie de este incidente, y solo conoció su importancia cuando se formalizó la rebelión.

No extraño que le sucediera esto, cuando á mí mismo me pasó una cosa parecida por aquel tiempo ó algunos meses más tarde. Me hallaba yo un día muy atareado escribiendo para el vapor que iba á partir para Europa, cuando vino mi mayordomo (comprador) á decirme que un chino que vendía corbatas estaba empeñado en subir á mi cuarto. Le contesté lo que él ya se figuraba, — que no quería ninguna corbata. Al cabo de un rato volvió á subir manifestando que el chino quería absolutamente subir; no fué esto lo peor, sino que se había subido detrás del mayordomo; y mientras yo le repetía que no quería corbatas y que no le dejase subir, el hombre se metió en el cuarto, lo cual me enfadó un poco. El mayordomo se quedó en la puerta de la habitación, y otro criado á quien había llamado la atención el aspecto y el empeño del traficante, subió también y se quedó fuera de la puerta. El vendedor de corbatas era un hombre de mediana edad, bien vestido y de fisonomía muy inteligente. Traía un paquete chiquito que abrió prontamente, y dentro del cual había una faja delgada de punto de seda azul. La tomó en la mano y me la enseñó mirándome muy fijamente como para llamarme la atención. Yo estaba tan embebido en mi correspondencia y tan impaciente porque aquel hombre había venido á estorbarme, que al mismo tiempo que pensaba ¿qué diablos querrá este hombre que yo haga con su faja? mandé irritado á los criados que me le sacasen de allí; y en efecto, al momento entró mi comprador y cogiéndole del brazo le empujó fuera de la habitación. Al concluir el párrafo que yo estaba escribiendo, se me ocurrió de repente que lo que aquel hombre me había enseñado era una faja de pe-lan-kiao, el distintivo de una sociedad secreta anti-manchu que había oído describir muy bien, y no me quedó ninguna duda después que reflexioné un momento en la mirada expresiva del chino y en todas las demás circunstancias de la visita. Me persuadí desde luego que era un agente enviado para entrar en inteligencias; llamé á mi mayordomo y le mandé que fuesen á buscar al vendedor de corbatas y le hiciesen volver. Nadie sabía por qué lado se había ido, y desde luego me dijeron que no era un traficante de Macao sino un forastero, lo cual me incitó más el deseo de hablar con él, porque me confirmó en mi convicción. ¡Por más diligencias, empero, que se practicaron, no fué posible dar con él, y al fin se supo que se había marchado hacia Canton!

Ni este hombre ni el que fué á ver al señor Rodríguez hicieron la menor indicación de ningún género que aludiese al cristianismo.

Hé aquí el memorandum del miao-tse:

« Hacemos presente á S. E. (1) que habiendo nosotros oído decir muchas veces que tenía humanidad y justicia, prudencia y resolución, que su fama se ha extendido por todo el universo y que todos le rinden obediencia (2); y siendo nosotros un sinnúmero de miles de hombres todos fieles, con abundancia de víveres y de las mismas opiniones (3), venimos á ponernos bajo sus órdenes para apoderarnos del país (4). En consecuencia, como no sabemos si tiene nuestro mismo modo de pensar, le rogamos que en el caso de que así fuese nos haga el favor de contestar. »

« Postrados rogamos á S. E. se entere de este negocio. » El señor Meadorn habló en 1853 en Nankin con un tae-ping miao-tse, el cual le dijo que en el ejército de Hung-seu-tsuen había 3,000 miao-tsés; y se vanaglorió de que ellos jamás habían reconocido á los manchus ni se habían cortado el pelo.

No es posible averiguar ahora qué especie de sociedad era la de los adoradores de Dios, que fundó Tung-yun-san en el monte Thistle del distrito de Kwei-Ping, y que se supone luego extendida rápidamente á muchos otros distritos. Ciertamente había en el negocio algo de cristianismo. El fundador fué al fin arrestado por las autoridades, y en esta ocasión Hung-seu-tsuen se marchó á Canton adonde llegó el 20 de marzo de 1848, con el objeto de representar en favor de Tung-yun-san, fundándose en que el emperador había dado un decreto tolerando la religión cristiana. No hizo, empero, cosa alguna, porque supo por el hombre de M. Roberts, que Kiging acababa de irse á Pekin. Probablemente oíría que el decreto conseguido por dicho virey en favor de M. Lagrené era una decepción. Esta diligencia de Hung-seu-tsuen me da alguna luz para sospechar el objeto de la Sociedad de los adoradores de Dios. Deseando reunirse para sus maquinaciones sin exponerse á la persecución que se ejerce sobre las sociedades secretas, las cuales son tan del gusto de los chinos, imaginaron Tung-yun-san y demás principales hermanos, tomar el nombre de cristianos á fin de dar á sus reuniones un carácter religioso. De todos modos es evidente que la sociedad se organizó inmediatamente después del mencionado decreto obtenido por M. Lagrené.

Hung-seu-tsuen y Tung-yun-san se fueron luego á su pueblo en donde estuvieron hasta julio de 1849, en cuya época salieron para Quang-si. A mediados de 1850 las autoridades quisieron prenderlos y apostaron soldados en los pasos de cierto sitio á donde se habían refugiado á fin de que no pudieran escapar. Uno de los socios llamado Yan-seu-tsing, que después ha venido á ser el primer jefe del ejército bajo el título de Príncipe oriental, supo su riesgo, recogió toda la gente disponible, corrió á libertarlos, batió á los soldados imperiales y sacó á los dos jefes que fueron llevados en triunfo á su monte. Hung-seu-tsuen hizo en seguida una llamada general á todos los rebeldes incluso ladrones y piratas, y abrió la campaña en el otoño de 1850 contra las fuerzas del gobierno.

No hay que olvidar que á fines de octubre fué destruida por los ingleses una escuadra de 58 champánes, y que de resultas más de 2,000 piratas se fueron á tierra y se reunieron á las bandas de ladrones que allí ya había. Este refuerzo fué el que probablemente empezó á dar importancia en 1850 al movimiento insurreccional de Hung-seu-tsuen, que por ser hombre de alguna educación, tuvo ascendiente para hacerse el jefe general.

El rasgo más singular é inesperado de este movimiento, es el presentarse como secta religiosa al mismo tiempo que como partido político, derribando en su marcha no solo á los representantes del gobierno imperial manchu, sino también á los ídolos de todas las religiones existentes en China.

En efecto, Hung-seu-tsuen y sus secuaces llevan por enseña la cruz y proclaman á un solo y verdadero Dios padre de Jesucristo, obligando á todo nuevo adherente á admitir su doctrina y á bautizarse él mismo.

Este hecho extraordinario admite varias explicaciones. El jefe arriba citado tomó tal vez como base de su partido á los hermanos (que así se llamaban), de la Sociedad de los adoradores de Dios; y cualquiera que hubiese sido el objeto primitivo del carácter religioso cristiano que se dió á esta compañía, creyó Hung-seu-tsuen útil conservarle como una prenda de unión y mancomunidad. — Uno de los principios más inculcados en la doctrina de Hung-seu-tsuen, es que lo que posee cada uno en particular pertenece á la sociedad en general. — Tal vez entró en sus cálculos la conveniencia de atraer simpatías, si no alianzas, con esos poderosos extranjeros que acababan de demostrar la insuficiencia de las tropas manchus. Estaban á la vista los efectos de la hostilidad de esos extranjeros hacia los piratas. Varias escuadras de estos bandidos habían sido destruidas con una facilidad maravillosa. — También puede ser que Hung-seu-tsuen pensó le era necesario fascinar á la multitud con la creencia de que el cielo le guiaba y protegía; necesitaba para esto revelar una nueva religión, no tuvo imaginación para inventarla enteramente, ó se figuró que la cristiana, sobre la cual ya había muchos libros impresos en lengua china, sería de más fácil admisión. — Cualquiera que fuese la consideración de estas que le guiara, ó quizá todas ellas juntas, lo cierto es que anunció en alta voz su nueva doctrina sacada del cristianismo, y la ha impuesto forzosamente á

(1) El gobernador de Macao.

(2) Cumplimiento de estilo chino.

(3) Esto puede querer decir todos unidos, ó más bien, « de las mismas opiniones que ustedes los portugueses. »

(4) Es decir, « derribar al gobierno. »

todo el que se ha alistado bajo sus banderas. Una de las primeras operaciones de las tropas de Hung-seu-tsuen al entrar en alguna nueva población, es derribar los ídolos de los templos chinos. Por lo demás, la utilidad que espera sacar de las creencias religiosas puede colegirse de las primeras páginas de un volumen impreso por sus órdenes para conocimiento del público, titulado: « El libro de los decretos celestiales y de las declaraciones de la voluntad imperial, publicado en el segundo año de la dinastía Tae-Ping, denominada Jui-tsze (ó sea 1852). » De este título puede colegirse que Hung-seu-tsuen se declaró á sí mismo emperador en 1851, así como se declaró también hijo de Dios y hermano de Jesucristo; tomando en consecuencia el título de Príncipe celestial.

(Se concluirá.)

Las ferias.

Se deriva la palabra feria, de la latina *Forum*, que significa plaza pública ó sitio en que se tiene el mercado; la feria se diferencia del mercado, en el mayor número de compradores y vendedores que atrae á un sitio la franquicia de los géneros concedida por el gobierno, y en que los mercados son diarios ó semanales, y las ferias tienen al año días determinados. Los griegos llamaron *Agora* á las plazas públicas, los romanos *Forum*, nombre que no solo pusieron á sus diez y siete plazas públicas, de las que las tres estaban destinadas á la administración de justicia, por lo que se les llamaba *Fora civilia* y *judiciaria* (á las otras donde se vendían los comestibles y las mercaderías se las denominó *Fora venalia*), sino á las poblaciones del imperio en las que se tenían las ferias, como el *Forum Livii*, el *Forum Julium* y otras en las que haciéndose muchas habitaciones para la comodidad de los concurrentes, llegaron á ser grandes las poblaciones que tomaron un nombre además del dicho.

Si hubiéramos de hacer mención de foros ó plazas públicas romanas, sería preciso describir las ricas colecciones de estatuas que las adornaban, entre las que merecían el primer lugar los foros ó plazas de *Traiano*, *Antonio*, *Nerva* y sobre todo el *Forum Romanum*; pero no siendo esta nuestra misión por hoy, solo añadiremos, que no había en la antigüedad ciudad alguna, por pequeña que fuese, que no tuviese una plaza donde se reuniese el pueblo y donde se administrase la justicia, hasta que se construyeron á este efecto las basílicas. Quieren algunos etimologistas que *feria* se derive de *feris*, voz latina que significa fiesta, y dan por razón, el que antiguamente por lo regular solo se tenían en los sitios donde se celebraban las fiestas y dedicaciones de las iglesias, particularmente en España, Francia y Méjico, en que se verificaban regularmente á campo raso, con barracas hechas al intento para la comodidad de vendedores y compradores, con las cuales se hacían calles y daba al sitio el aspecto de una gran caravana ó pueblos ambulantes.

Dejando á un lado el origen más ó menos antiguo de las ferias en los países conocidos, y ciñéndonos á las de España, tenemos que remontarnos á los primitivos tiempos para hallarle, y á pesar de esto no le encontraremos. Reuniendo todas las pocas noticias que sobre este punto se hallan diseminadas en nuestras crónicas é historias, y lo que sobre ellas dice Morales en sus *Antigüedades de España*; Giron en su *Memorial Estrellado*; Salas Calderón, en su *Gabinete de Antigüedades*; Cobarrubias, en el *Origen de la lengua*; Solís, en la *Historia de Nueva España*; Florinda de Ocampo, y Aristóteles é Hildebrando al hablar de la Península, procuraremos dar noticia de esta antigua costumbre.

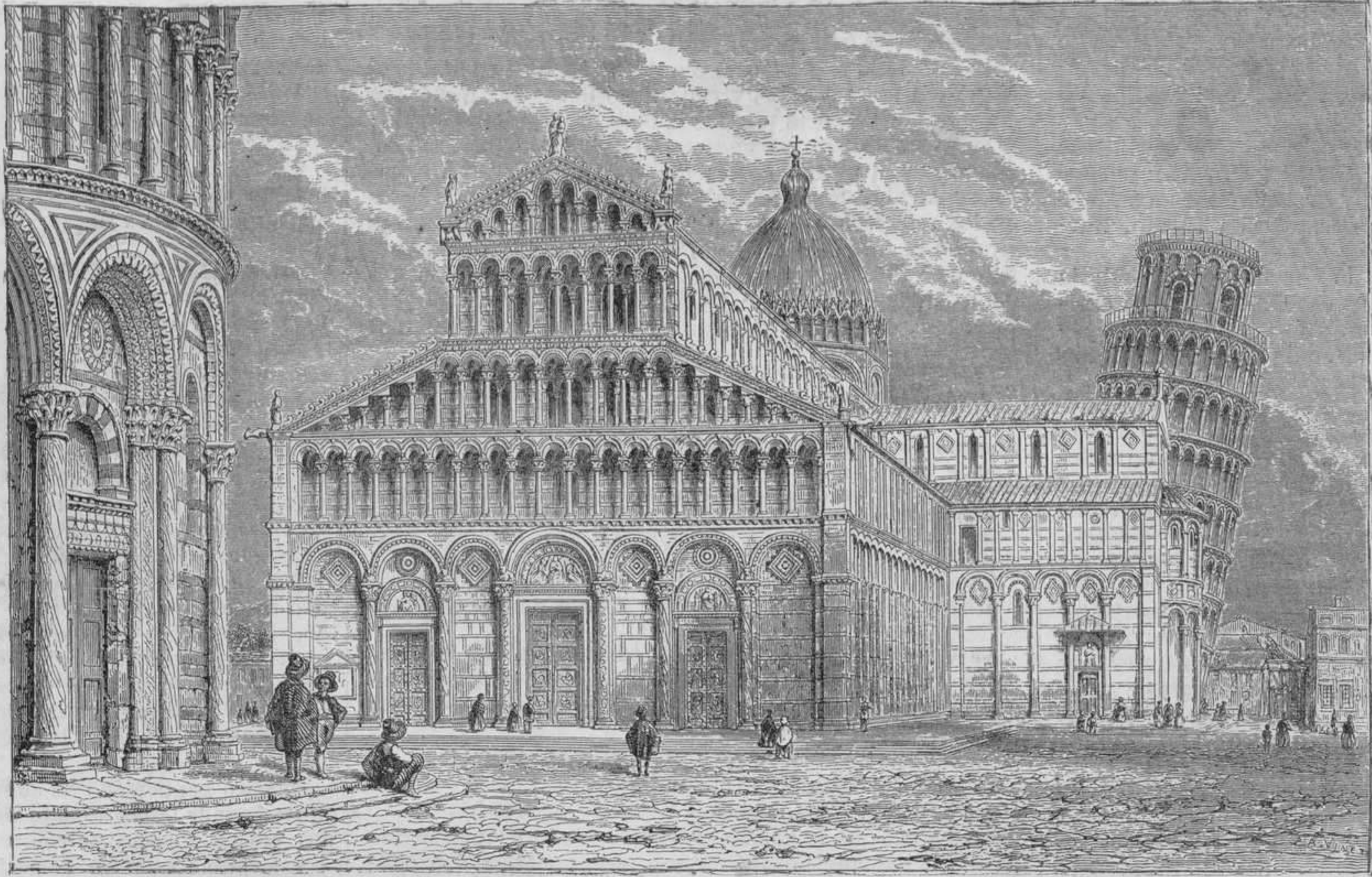
Atendiendo á las noticias más antiguas que dan nuestras crónicas, las ferias datan en España desde que se empezó á poblar segunda vez el año 1030, antes de J. C., por haber quedado inhabitada en la gran sequía que padeció. Se dice que entre las naciones que vinieron esta vez á poblar la península, fueron los ródios, señores entonces de los mares, los cuales fundaron en Cataluña la ciudad de Rosas, frente al sitio en que se fundó después Ampurias con el fin de celebrar en este puerto sus ferias, de donde las tomaron los españoles. Que los fenicios, envidiosos de las riquezas que adquirían los ródios en España, vinieron á *Tarteso* (Cadiz), por los años de 3180 de la creación, 821 antes de nuestra era, y trayendo sus mercaderías, hicieron sus ferias con los españoles, dándoles aceite y otros frutos, y telas fabricadas en su país, por el oro y plata de nuestras ricas minas.

Estas parecen haber sido las primeras ferias que ha habido en España.

La primera ciudad considerable de España en los tiempos de que hablamos, puede decirse que fué *Terteso*, si bien otros quieren fuesen *Tarifa* ó *Carteya*; pero sea lo que quiera, lo cierto es que la primera feria de mercados que aparece en Andalucía, existió en este punto, y ella fué la más rica y abundante de toda la península por muchos tiempos. Los fenicios, según el bibliotecario fray Juan Giron, hicieron muchos años el comercio con España, y ellos proveyeron no solo la indicada feria, sino que las establecieron en Cadiz, Córdoba, Málaga y otras partes que cita Strabon, al hablar sobre el comercio de los fenicios en este país.

Los ampurienses prosiguieron aumentando la concurrencia de sus ferias, y extendiéndose por todo el principado de Cataluña y costa de Valencia, se fué extendiendo esta costumbre que acabaron de generalizar los cartagineses, nación puramente guerrera y comercial, que se apoderó de las costas de España.

nos puntos del Mediodía de la Francia; luego romana degenerada en Francia, en Alemania, en Inglaterra; sencilla y maciza hasta el siglo XII en que la introducción de la ogiva la transforma completamente; luego con formas esbeltas, con arcos altísimos y un lujo de ornamentación y de escultura inagotable, todas esas formas fué tomando la arquitectura. El florecimiento del arte nuevo es tan rápido que antes de mediados del siglo XIII la arquitectura ogival había ya producido sus principales obras maestras. Sin embargo, la Italia, impregnada de esa savia de genio artístico que había heredado de la Grecia, iba á buscar inspiraciones en otra vía, y reanudando la cadena de las antiguas tradiciones, interpretadas por artistas admirables, creaba los tipos majestuosos de las iglesias modernas, entre cuyos modelos es el mas grandioso el San Pedro de Roma. Rica y curiosa es la parte de la historia del arte relativa á los edificios religiosos del cristianismo. Efectivamente, la España contaba mas de 70,000 grandes iglesias. La Francia, antes de la revolución de 1793, poseía 30,000 iglesias, 1,500 abadías, 8,500 capillas, 2,800 prioratos, 1,700,000 campanarios, sin contar los monasterios. Así este estudio, descuidado en otra época, es cultivado en nuestros días por muchos arqueólogos. El señor presbítero Bourassé ha dado á luz una obra en francés con el título de *Les plus belles églises du monde*, que es un bosquejo del arte cristiano despojado de todo aparato científico. Contiene la descripción de unas cuarenta iglesias, elegidas en todos los países, y cada des-

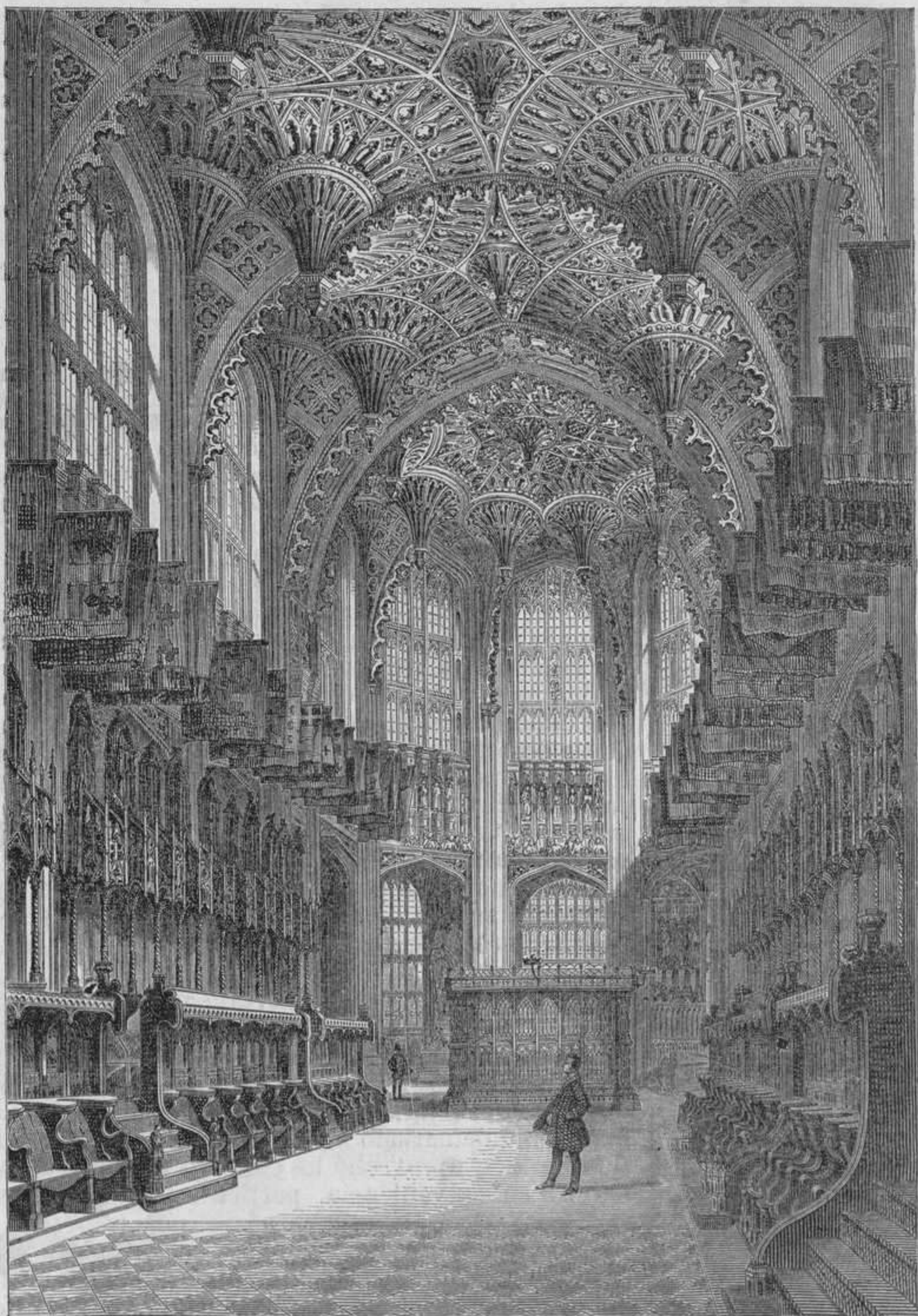


La catedral de Pisa.

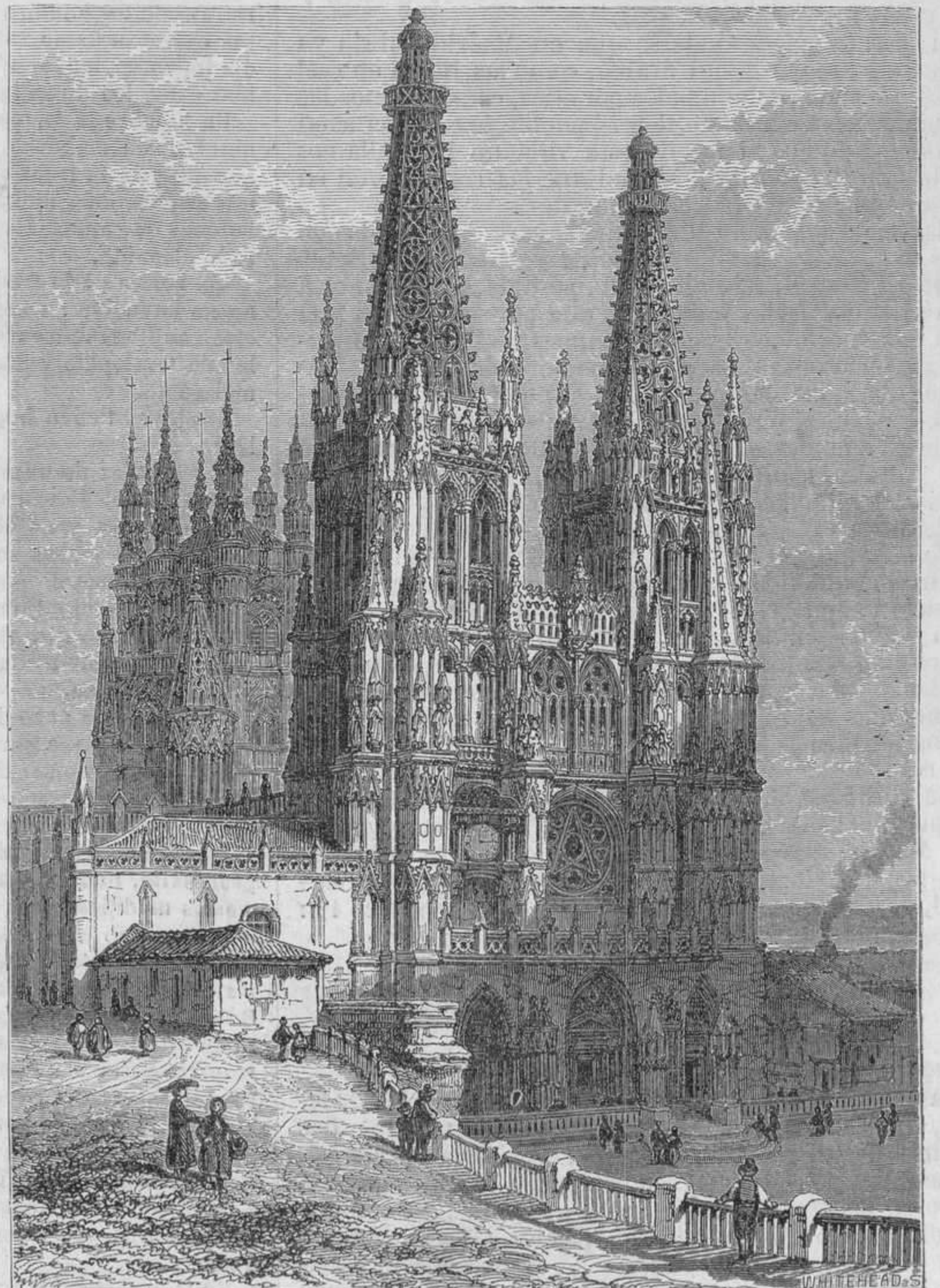
cripción va acompañada con su lámina correspondiente. Damos aquí tres de estas láminas que representan las catedrales de Pisa y de Burgos, y la abadía de Westminster. La catedral de Pisa comenzada en 1064 por el arquitecto Buschetto, y consagrada en 1118, es un curioso monumento del arte italiano de aquella época. Detrás de la iglesia se distingue, en el grabado, la famosa torre inclinada de Pisa, construida en 1174, y que tiene 142 piés de altura hasta su plataforma. La inclinación de lo alto á la base es de 4 metros 319 milímetros. Tiene un juego de siete campanas que se tocan diariamente. La explicación mas probable de esta inclinación es que debe atribuirse á un terremoto ó quizá á un hundi-

miento del terreno. Por lo demás el accidente no se habría producido en la torre de Pisa sino cuando todavía no se había llegado á la mitad en su construcción. Desde el cuarto piso están muy visibles las correcciones que han querido hacer á la inclinación; columnas mas altas por un lado que por otro atestiguan los esfuerzos intentados para poner en la línea horizontal, lo mas posible, su plataforma. — En el mismo grabado se ve una porción del baptisterio edificado en 1152 por Diotisalvi. Si la arquitectura de la catedral de Pisa se enlaza aun por sus disposiciones con las tradiciones del arte antiguo, la de Burgos, por el contrario, principia en el siglo XVI, pertenece al estilo ogival mas florido. La piedra está cincelada en ella con una delicadeza extraordinaria; parece una obra de platería de Benvenuto Cellini. La construcción desaparece bajo los ornatos: estatuas, estatuillas, bajos-relieves, follajes, guirnaldas, flores, molduras, agujas y festones imitan de lejos pedrerías recortadas. El crucero es de una riqueza deslumbradora; todos sus detalles son de una elegancia tal que los castellanos dicen que es obra de los ángeles. Esta excesiva riqueza de ornamentación esculpida que se nota en el exterior de la catedral de Burgos se ve igualmente en el interior de la abadía de Westminster. En el momento en que la arquitectura ogival ostenta un lujo tan maravilloso, toca á la decadencia, va á morir ahogada entre las flores.

J. D. P.



La abadía de Westminster.



La catedral de Burgos.